



DÍA DEL ESTUDIANTE INDUSTRIAL

(Fotografía Juan Caruso)

Conmemorando el 21º aniversario de la fecha de creación de la Ley de la Universidad del Trabajo en el Uruguay, se realizaron, en todas las filiales de la Institución, festejos celebratorios del trascendente acto, que dotó al

país de importantes centros de estudio para la capacitación industrial. La foto refleja el momento en que el conjunto de danzas folklóricas, de la Escuela Industrial de Arroyo Seco, interpreta un baile tradicional.

EL PREMIO NOBEL, SR. SELMAN WAKSMAN

"El altísimo es quien creó de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desecha."

Eclesiasticus Cap. XXXVIII.

*

NUNCA fue el verbo más solícito que en ocasión como ésta para expresar en palabras el suave incienso de la alabanza.

Estamos frente a un científico que materializó su ideal a través de una voluntad persistente, de una humildad generosa, de un constante golpear en el yunque de todos los días el tenaz porqué al que se refería el poeta cuando decía:

*"Deja que los seres y las cosas hablen
Si sabes mirarlos y escucharlos bien
tornáranse lentamente cristalinos."*

*y la propia esfinge si arrostras impávido,
si contemplas firme su glacial mudez
venderá su enigma...*

*Ni los Dioses vencen
la perseverancia de un tenaz porqué!*

La biografía de Selman Waksman empieza en la lejana Rusia de los Zares. Nos remontaremos en el curso de la Historia de su vida río arriba, y nos encontraremos con un jovencito nacido en Priluka en el año 1882 en el hogar hebreo de un humilde fabricante de utensilios de cobre.

Como todos los adolescentes del mundo tenía sus sueños a realizar; pero diremos que los de este joven eran particularmente ambiciosos; quería estudiar "el secreto de la vida".

Esta fue la idea eje de su existencia. A esa edad el anhelo de lo perfecto surge espontáneo en todo ser humano, como algo que se divisa tras el horizonte de la experiencia y a lo cual hay que lanzarse a la conquista. Sin embargo, ¡cuántos hombres no han dejado tras de sí a aquel adolescente insatisfecho, defraudado! ¡Cuántos no han torcido su vocación por las dificultades que le salieron al paso y así, aquel cuadro hermoso que habría de aprisionar la luz, el color, y los matices del alma, quedó para siempre sin pintar; aquella sinfonía que habría de capturar las modulaciones aún no percibidas del susurro de la brisa, se abortó en el silencio, y el descubrimiento que habría de ofrendar la verdad científica a su época, permaneció para siempre en el cofre hermético de lo desconocido. ¿Habría nuestro joven de seguir la misma suerte en su afán de descifrar los procesos de la vida? Los años pasaban y la Rusia de los Zares, ofrecía al joven Selman una perspectiva sombría para el logro de sus propósitos. Decidió enviar sus credenciales a Zurich a fin de proseguir sus estudios en esa ciudad y a pesar de haber sido aceptado en ella optó por seguir los consejos de familiares que desde Estados Unidos le instaban a trasladarse a ese país, donde grande Universidades le brindarían la oportunidad de realizar su sueño.

Y así fue como en 1910, un nuevo inmigrante arribó a América con los bolsillos vacíos y la mente llena de doradas ilusiones.

Se instaló en New Jersey en la granja donde moraban sus parientes, y envió sus credenciales a la Universidad de Columbia. Mientras esperaba respuesta a su solicitud, su primo le informó que allí mismo en New Jersey cerca de donde vivían, existía un colegio de Agricultura cuyo Decano, el Dr. Lipman, era un emigrante ruso y amigo de ellos.

El joven Waksman se decidió a visitarlo y el doctor Lipman le hizo ver la posibilidad de estudiar allí los procesos de la vida, tan bien como en cualquier otro lugar.

La idea halló eco en su espíritu y haciendo uso de una beca que le fue otorgada inició en el colegio de New Jersey sus estudios.

Además le abonaban la suma de veinte centavos de dólar por hora de trabajos realizados en el laboratorio.

El profesor Halsted cuyo retrato aún hoy conserva Waksman en su escritorio, solía ir a la Universidad los sábados de tarde y sostenía con el recién llegado largas conversaciones. Los temas eran variados, a veces hacían paralelos entre la organización de las investigaciones en Estados Unidos y Europa, otras la charla giraba alrededor de las relaciones de profesor y alumno, y en ocasiones acerca de las posibilidades en los pequeños colegios y frente a las que ofrecían las grandes Universidades. Al cabo de estos diálogos, el Dr. Halsted decía: "Si Ud. no comunica todo este tiempo que hemos conversado como horas de trabajo, yo no le voy a dirigir más la palabra". Bien sabía el noble y buen Profesor que los setenta centavos que esto significaba, representaban para Waksman la comida del día siguiente.

Daremos un salto en el tiempo, el joven Waksman ya peina canas, los muchos inviernos pasados escrutando el mundo microscópico que pulula en la tierra, le han dejado un poco de nieve olvidada en su cabeza, pero no han apagado el fuego entusiasta de su juventud.

Hoy que las trompetas de la fama, lo aclaman premio Nobel de Medicina, hoy cuando sus conquistas en el terreno de la farmacología han contribuido a aligerar la carga de dolores de la Humanidad, volveremos los ojos hacia su obra y veremos cómo ella está vinculada a los secretos de la vida que el Dr. Waksman ansiaba dilucidar en su juventud.

Su material de trabajo era la buena tierra. Tomemos un puñadito de ella en las manos y aprisionaremos un pequeño Universo en nuestra diestra.

Afirma el Dr. Waksman que probablemente existe un número mayor de especies de plantas y animales en el interior de la tierra que en su superficie.

Bajo el pavimento de las calles, en la campiña, en llanos y montañas, existen millones de organismos microscópicos que llevan una existencia al parecer inadvertida para los seres humanos. Y sin embargo ellos fueron los primeros habitantes del planeta. Quizás en ellos se encuentra el codiciado secreto de la aparición de la vida partiendo de la materia inorgánica. Pululan silenciosos en el polvo, en el agua, en los vegetales, en el aire y compartieron la vida de nuestro planeta 2.000 millones de años antes de que apareciera el hombre. En todo ese tiempo, infatigables actuaban los organismos microscópi-



El Dr. Selman A. Waksman en su laboratorio.

cos, verdaderos obreros de la naturaleza ayudando a demoler la materia muerta, y los desechos para que en ellos florezca nuevamente el soplo vital. Parecería que participaran de la danza simbólica de Siva, deidad hindú, que significa la eterna destrucción y el renacimiento de la vida.

Pero Waksman vio más allá que la labor de alquimista que ejecuta el microbio transformando la faz de la tierra. Su ojo avizor llevaba una pregunta inquietante. ¿Cómo estos organismos viven juntos en la tierra? ¿Se produce entre ellos la batalla por la sobrevivencia que Darwin advirtió en las escalas superiores? ¿Qué efectos tenían los unos sobre los otros? Muchos de estos organismos llamados actinomicetas oscilaban entre la bacteria superior y el más bajo hongo, ellos dice Waksman eran tan numerosos y tan poca atención se les había prestado que prácticamente estaban rogando ser estudiados. Y bien, él los estudió.

Observando entre bambalinas el drama de la existencia de estos seres microscópicos parece repetirse el eterno libreto de la naturaleza, con sus mecanismos de adaptación, defensa y ataque.

El Dr. Waksman comprobó que los actinomicetas ejercían un tremendo poder destructivo sobre las bacterias.

Bergson examinando el eterno fluir de la naturaleza se preguntaba ¿a qué viene esta estampida de animales y seres perpetuándose a través del tiempo? Las plantas crecen interminablemente, los hombres y los animales se suceden sin interrupción, el género existe pero los individuos, plantas o animales son incesantemente renovados en el mundo.

Sin embargo, muy raramente encontramos restos de aquellos animales, plantas u hombres que nos precedieron hace miles de años. Imaginemos que hoy halláramos la tierra llena de restos de los animales antediluvianos, y mezclados entre ellos los desperdicios de los seres vietnes y además todos los productos de la vegetación, hojas, ramas, troncos que se habrían acumulado con el tiempo. Nos hundiríamos en un pantano de desperdicios que haría trágica por no decir imposible la existencia.

¿Qué se han hecho entonces de los restos de aquella estampida de vida que a través del tiempo, se va depositando sobre la tierra? ¿Quién efectúa la limpieza para que los nuevos moradores del planeta disfruten una cómoda existencia?

El humilde e invisible microbio efectúa el milagro. Ellos constituyen el gran incinerario de la naturaleza, purifican los desperdicios tóxicos y los devuelven inofensivos a la tierra.

Además, sus guerras sirven para controlarse los unos a los otros y de este modo la buena tierra se ve liberada de gérmenes muchos de ellos peligrosos. No obstante, algunos permanecen como una amenaza al ser humano, tal como lo es el del tétano que se encuentra en tierras abonadas con desperdicios de animales.

Mientras otros buscan legendarios tesoros ocultos en la tierra, el Dr. Waksman buscaba un tesoro en la tierra misma. Por espacio de 28 años estudió incansablemente los minúsculos terrícolas.

Contempló sus batallas, examinó sus terribles armas químicas, y decidió usufructuarlas en beneficio del ser humano.

El genio es una larga paciencia

Los que se deslumbran con los resultados obtenidos no deben desdeñar el apreciar los medios por los que se llegaron a ellos. Se ha afirmado con razón que el genio es una larga paciencia, y esto se reafirma con el trabajo de este investigador cuyo descubrimiento es la estreptomicina, 10.000 microbios por él estudiados.

De estos 10.000 microbios sólo un diez por ciento resultaron efectivos en la lucha bactericida. Se le dio a la tarea de cultivar este millar de microbios, sólo diez por ciento de ellos pudieron desarrollarse en esas condiciones y finalmente de este ciento de microbios, sólo uno extraer su arma secreta de diez, y uno de estos diez organismos químicos resultó ser la ya famosa estreptomicina.

Cuán fácil resulta al verbo el resumir contadas horas de trabajo, cuán halagador el éxito que he obtenido tantas decepciones y desesperanzas.

Hay en el intervalo de 28 años de labor mucha vida, muchos desmayos y muchas ilusiones que impidieron a seguir a pesar de todo la marcha. La paciencia, la sinceridad de un investigador se pueden resumir en pocas frases lacerantes de ese famoso intelectual y hombre de ciencia que es Huxley. El decía: "La tragedia de toda investigación es que una hermosa hipótesis, después de ser descartada por una evidencia desagradable".

Pero en otra parte de sus famosos escritos decía pidiendo auxilio a fuerzas superiores a las suyas: "El dame la fuerza de enfrentar los hechos aunque ellos destruyan".

Y no sólo conspiran contra el científico las condiciones propias de la naturaleza en sus manifestaciones evasivas y desconcertantes, sino también los hombres fallidos en captar la importancia de la labor desplegada, cuando no se obtienen de ella resultados inmediatos.

Así en 1941 uno de los ejecutivos de la Universidad de Rutgers puso en peligro la obra del Dr. Waksman, diciendo que no veía futuro en ella, y que por consiguiente debía suprimirse el salario de éste de 4.620 dólares anuales. Felizmente las autoridades de la Universidad no aceptaron conveniente adoptar esta medida y en 1942 descubierta la estreptomicina y en 1952 un comité de antorchas celebraba el honor que había recaído sobre la Universidad al ser denominado el Dr. Waksman Premio Nobel de Medicina.

En el comunicado se le informaba que había sido elegido por su trabajo en el descubrimiento de la estreptomicina, el primer antibiótico efectivo contra la bacteria de la tuberculosis.

Al fin la ciencia contaba con un arma eficaz contra la plaga blanca y su temible bacilo. La potente estreptomicina de la estreptomicina consiguió lo que no podían otros recursos médicos, perforar la armadura del bacilo se defiende, una especie de cápsula impermeable que lo hacía inmune a toda agresión.

Pero no sólo la plaga blanca se rindió a sus golpes. La muerte negra, la peste bubónica depuso también su nefasto reinado.

La muerte negra

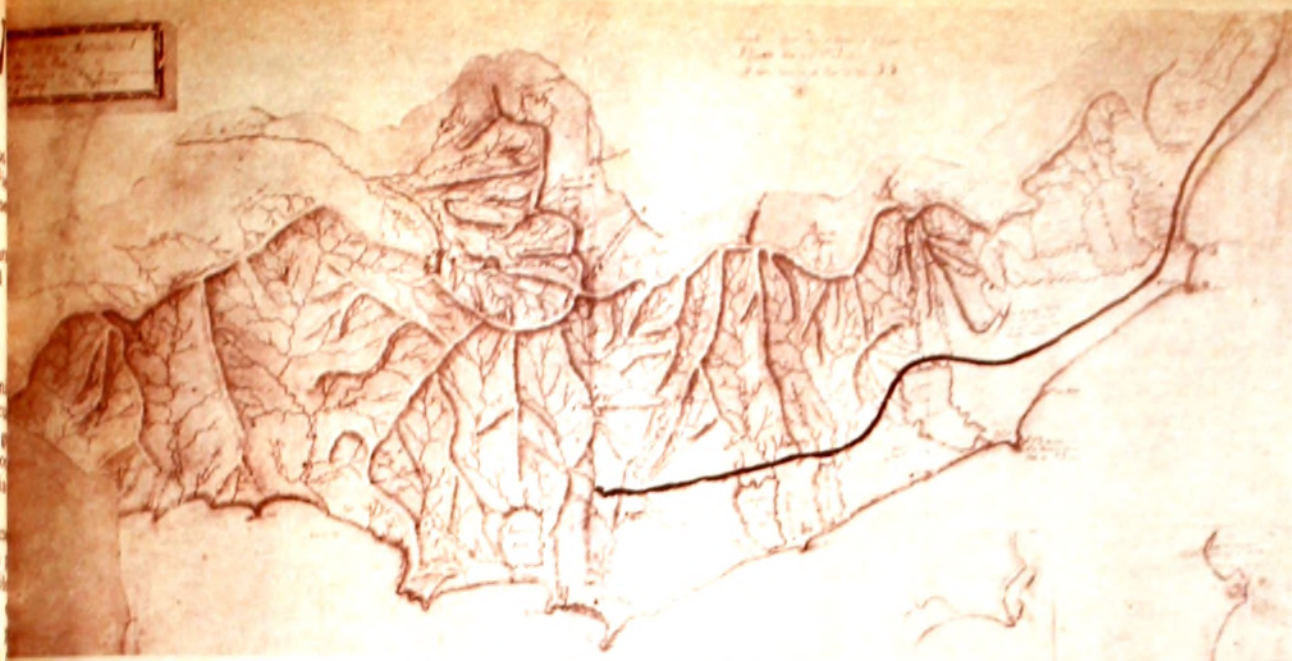
Palabras que hoy en día sólo se leen en los libros de medicina eran motivo de pánico en el pasado. Hoy hacen meditar cuán desvalido era el hombre en aquellos tiempos. Descorramos el brumoso velo de los siglos, oigamos por boca de Boccaccio el dramático relato de la peste negra se extendía por Europa partiendo de Levante.

Ocurrió en Florencia en 1348, en la más hermosa ciudad de Italia. Sobrecogidos de terror, corría en boca el rumor, la plaga... la plaga...

Ningún ejército enemigo fue más temible que la amenaza que invisible se cernía aplastante sobre la ciudad. Oraciones, procesiones, nada podía contra esas terribles mensajeros de la muerte. Los médicos se debían impotentes contra ella. No había refugio que escapara a su alcance, huida que no fuera alcanzada por sus silenciosos. El infectado era cuidadosamente evitado, en vano... Amigos, sirvientes, todos se desvanecían al enfermo... Entre marzo y julio, dice Boccaccio, de miles de almas perecieron en la ciudad sola antes de esa calamidad no creíamos que fuéramos habitantes. ¡Qué magníficas posesiones, qué nobles familias lucían despobladas sin un alma viviente! ¡Qué familias extintas! ¡Cuántas riquezas y vastas posesiones abandonadas, y sin ningún heredero conocido para darlas! ¡Qué vasto número de seres de ambos sexos, la flor de la vida y de los cuales ni Galeno, Hipócrates, Asclepios hubieran declarado enfermos, después de haber gozosamente con sus amigos aquí, han cenado con sus amigos que se fueron al más allá!

Este lamento de Boccaccio nos llega desde el tiempo como argumento de que no debemos olvidar el tesoro de gratitud eterna que deben los hombres a los hombres que, como el Dr. Waksman, libran batallas de la victoria depende la supervivencia de la humanidad.

Así comenzó el imperio fabuloso de las familias de las micinas. Hoy sus derivados enriquecen los años de la vida.



Fotocopia de un plano existente en el Servicio Histórico de Madrid. Biblioteca Militar. El lector puede apreciar en él la extensión de la ruta que normalmente cubrían las carretas de los isleños sirviendo al rey de España. Muchas veces también pasaban Santa Teresa llegando al propio San Pedro, de Río Grande.

SAN CARLOS EN SU BICENTENARIO

ROMEDIANDO el siglo XVIII, y aún sobrepasando esa medianía, el cabal conocimiento de las tierras orientales estaba reservado a los baqueanos o, a hombres que andando oficialmente otro cargo, habían logrado ser también peritos como consecuencia de ese ejercicio o quizá, sus propias y personalísimas dotes. Cabe citar entre ellos, a don Manuel Domínguez — el máximo conocedor —, don Juan Antonio Artigas y don Cristóbal de Castro Cárdena.

Desde luego — y con anterioridad — los primeros faenas habían abierto caminos en ocasión de sus cuereadas. Emás está decir que todo hombre dedicado al tráfico de la zona, debía por necesidad, saber orientarse en tierras de otra Banda para el éxito de sus correrías.

Una partida militar sin baqueano era normalmente errante, sobre todo cuando se marchaba en persecución de los "ladrones" o "gauderos", y especialmente si aquella era formada por soldados de Regimientos peninsulares. La antedicha ignorancia nos explica el interés del Comandante Militar de Maldonado de poner en conocimiento la superioridad algunos datos adquiridos por boca de los "ligentes".

macopea moderna. Y fue así como el Dr. Waksman abrió un tesoro moral y material en un puñadito de tierra en los fondos de la Universidad de New Jersey. Podría haber acumulado millones con su descubrimiento. Pero afirmó sonriente mientras firmaba el documento que cedía todos los derechos de la estreptomicina a la Universidad de Rutgers: "La Universidad no me va a hacer perecer de inanición".

En tanto, Waksman se defendía contra la fama cuando caricaturas donde se mostraba al científico él se veía, y cómo lo veían los demás. Este hombre afirmó cierta vez: "No sé qué puede ocurrirles a los científicos cuando la gente comienza a decirles que son grandes hombres. Es una cosa peligrosa. Si toman con un sentido del humor. Yo no veo cómo volver a trabajar de nuevo".

Podría eso ocurrirle nunca a Waksman cuya gran espíritu desdeña las meras apariencias y se manifiesta como todos los sabios, humilde frente a las cosas que aún restan al hombre por alcanzar. De no ser así, está su fiel compañera la Sra. Débora Mitnik, abuelita en ruso, como él cariñosamente la apodaban, aciertan a abrir uno de los libros escritos por Waksman sobre "Asociaciones y Antagonismos Mito" verán que está dedicado "A mi constante asociantagonista, Bobili".

afirma el Dr. Waksman que es así como una esbese ser. El hombre tiene que tener alguien que le ayude no todo lo que hace luce perfecto al resto del mundo. Una esposa tiene que, de vez en cuando, ponerle en contacto con la realidad.

Esta la maravillosa historia de un hombre que vio la naturaleza un espectáculo más interesante que cualquier cosa, que se acercó hasta las fronteras de la vida y bien pudo afirmar como Linneo que exclamó atónito al explicarse a la consideración de una hoja de hierba: "¡Dado mudo de espanto: he visto a Dios como otro hombre por las espaldas".

Dr. Victor SORIANO

(Especial para EL DIA)

Expresa de la Riba Herrera al Gobernador de Buenos Aires, que: "...Habiendo recogido varias noticias para tener una teórica geográfica de este país, vine en conocimiento que por el Fuerte de Santa Teresa y el de San Miguel pasa un río caudaloso que toma el nombre del último.

"Pregunté a un portugués inteligente de aquellos parajes que hay, qué distancia de los citados fuertes desaguaba dicho río en el Grande de San Pedro. Y me respondió que desembocaba en la Laguna Mini (Merín) que baña las inmediaciones de dicho fuerte de San Miguel. Y añadiendo a la primera pregunta si se comunicaba francamente la Laguna Mini con dicho Río Grande, me respondió que se comunicaba de tal modo que en su tiempo y en el que dominaba Portugal iban lanchas y falúas con viveres para la tropa que guarnecía los dos mencionados fuertes y otros puestos inmediatos, que regularmente eran 300 hombres y que se hacía sin el menor riesgo tanto en verano como en invierno, pero con la diferencia que en verano es preciso por falta de agua echar el áncora para guardar las marreiras. Motivo por el que hice llamar a los testigos de vista de esta práctica, que son los vecinos de la villa de San Carlos que siguen: Manuel Rodríguez, Juan González, francés; su padre, Juan González, Antonio Gómez, Luis Álvarez, Manuel Araújo y Antonio de Sosa quienes han confirmado lo que expongo a V. E.

Y preguntándoles si sabían dónde paraban algunos de los marineros que conducían los buques por el río, me respondieron que sólo sabían de Agustino Fernández que vive en una estancia llamada el Corral Grande a 22 leguas más allá de Santa Teresa, camino del pueblo nombrado de aquel río".

Un grupo de vecinos de la villa atestiguaban como conocedores directos del paraje y de los hechos, lo que el portugués "inteligente" noticiara al Comandante; ellos eran también de origen portugués salvo los dos González, naturales de Francia y concretamente, el padre, de Burdeos.

Considerando tales datos de gran interés los elevé, como decíamos, al Gobernador de Buenos Aires, expresando textual: "Y como esa noticia puede concurrir a los justos elevados designios de V. E. respecto que por este medio podían llevar los viveres de aquí con carretas hasta el Fuerte de San Miguel o Santa Teresa según el que estuviere más o menos apto para la recepción de ellos, y desde allí conducirlos por el río al puesto de aquel Pueblo en lo que lograría el Rey grandes ventajas y estos dos Pueblos, el desahogo de la opresión en que se hallan, sin lo cual, si no decrece, será imposible su fomento".

En crónicas anteriores hemos citado textual algunas expresiones coincidentes del viajero español Capitán de Navío don Francisco Millau, quien destacara las pesadas cargas que la villa soportaba en beneficio del Rey.

Interesa puntualizar las afirmaciones del Comandante de la Riba Herrera: "...el desahogo de la opresión en que se hallan" (San Carlos y Maldonado)... "si no decrece será imposible su fomento".

Estos juicios coincidentes, son de gran valor mirados en perspectiva histórica. Ponen sobre el tapete un tema no tratado en general, por nuestros historiadores; él se refiere a la contribución de nuestras poblaciones para la afirmación de la hispanidad en tierras de la Banda Oriental, tema que desbordando el problema local puede formularse así:

Cuál fue la función de todas y cada una de las poblaciones de la Banda en la definición de nuestro sentimiento de *orientalidad*? En parte — sin agotarlo — lo hemos tratado hace ya tiempo, en estas páginas e integra el tema, un libro en preparación.

Hasta qué punto las Poblaciones del Este del territorio fueron puntales de la labor expansiva e hispanizante lo podrá ir captando el lector a través de estas crónicas, pero desde ya adelantamos que la presencia de la villa de San Carlos resultó fundamental para ambos fines.

Un oficio del Comandante de Maldonado a su Gobernador permite centrarnos en el ambiente y compartir con los hombres de aquella hora, los problemas que les conmovían. He aquí sus principales párrafos:

"Señor Excelentísimo: las faenas crecen, los peones son muy pocos. Aquí no hay almacenes y los dos que sirven, con el uno que he techado, son barracas. No tienen buque para recibir tantos viveres, conque yo me hallo ahogado sin tener de quien echar mano, sorprendiéndome el haber venido cinco barcas cargadas de ellos, sin saber en dónde los he de poner".

Era el 10 de marzo de 1767. En consecuencia, nuestra villa tenía apenas, algo más de tres años de existencia.

Las angustias del Comandante de Maldonado eran muchas y de peso, por ser aparentemente insolubles.

Nos da la justa medida de las mismas, el recordar que el día anterior — o sea el 9 de marzo — habían salido las carretas conduciendo sal, harina y bizcochos para Santa Teresa, San Miguel y Minas de don Cosme. Más de cincuenta vehículos componían el convoy. Su procedencia: sólo 10 del Rey, 4 de los vecinos de San Fernando de Maldonado y — repare el lector en el guarismo — 38 de los vecinos de la Villa. Se aproximaba la estación de las lluvias y en previsión, todos los carros iban tapados con cueros.

Si llovía el retardo era inmenso. Tres meses para el caso era lo calculable para que pudieran llegar al Río Grande. Mientras tanto los vecinos abandonaban sus familias, sus tareas y el fomento de sus intereses. Y era muy escaso su beneficio económico. ¿Cómo no había, pues, de ser exacta, la expresión de la Riba Herrera acerca de la imposibilidad de su *fomento*?

Es indudable que nuestra villa, aunque pacífica y laboriosa, se extenuaba en esa constante entrega de hombres, tiempo y bienes.

Y sin embargo, el servicio del Rey les exigía y reclamaba tan inmensos sacrificios.

Empero, hay otros aspectos aún a contemplar. La Comandancia carecía no sólo de carros, peones y almacenes, sino, también, de cartuchos, pólvora, papel y mil cosas más.

Así decía: "Tres días hace que estoy haciendo cartuchos, gastando el papel que mañana me hará falta, porque en estas pulperías no he hallado pliego alguno."

Al pedir armas, agregaba: "Las urgencias vuelan, los trabajos procuran alcanzarlos. Pero como no haya medios para estimular a los que los hacen, temo que se postren porque habrá tres días que tengo trabajando 18 soldados de mi Regimiento, que son la tercera parte de los que no están empleados, con veinte vecinos de la villa de San Carlos".

Fue, como vemos, muy duro el año de 1767 para los vecinos de nuestra villa a lo que se agrega que recién en junio, a instancias del Comandante de la Riba, los vecinos recibieron el importe de sus anteriores viajes al Río Grande. Este Comandante necesitaba congraciarse con los isleños "por carecer — transcribimos a la letra — de carretas a proporción de los transportes que manda V. S. hacer y echados a tierra los vecinos de la villa de San Carlos porque como nunca se les había dado un medio (1), tenían muy pocos carros de servicio para marcha tan larga como es la de aquí hasta el Río Grande".

Y a renglón seguido, agrega: "Por lo que conociendo era el punto de la dificultad por este medio para fomentar no sólo a que levantasen los caídos sino que hicieran otros nuevos como se verificó, pues en menos de quince días tuve 25 carros más, y juzgo por imposible que si éstos no se hubieran levantado con tantos transportes a varias clases, tuviese don José de Molina viveres para este mes a menos que no le hubieran ido por mar, por lo que creo ser éste uno de los mayores servicios que he hecho al Rey en mi vida".

Este mérito del competente Comandante, sirviendo con eficiencia a su Rey, descansaba en la colaboración eficiente de nuestros isleños.

Surge del documento transcripto — y es de interés ponerle de relieve — la capacidad de recuperación y de trabajo que poseían los vecinos de nuestra villa. Siempre nos ha sido grato evocar a San Carlos como siendo una laboriosa Población y no de otro modo nos la muestra el episodio precedente. Pértigos, camas, ejes y ruedas, al influjo y por obra de su habilidad manual, van cobrando forma, y levantándose a un tiempo los carros de nuestros isleños meritorios y activos.

Empero hay otras estampas no menos bellas de este pueblo laborioso. Es también 1767. Acaban de llegar a Maldonado varios destacamentos militares y ocurre que la lancha que conduce el bizcocho para ellos está demorada. ¿Quién colaborará en este trance? No hay duda en la respuesta. Serán los vecinos de nuestra villa. Ellos suplen con su trabajo, el pan que transporta la lancha y con febril actividad, se entregan día y noche, a su fabricación.

Los hogares isleños están en vela... El alba los sorprende trabajando para el Rey. Entonces, un breve y recogido instante pondrá sentido de eternidad, al día que nace. Es su oración del alba.

Florencia FAJARDO TERAN

(Especial para EL DIA)

(1) Expresión que ha perdurado en la región.



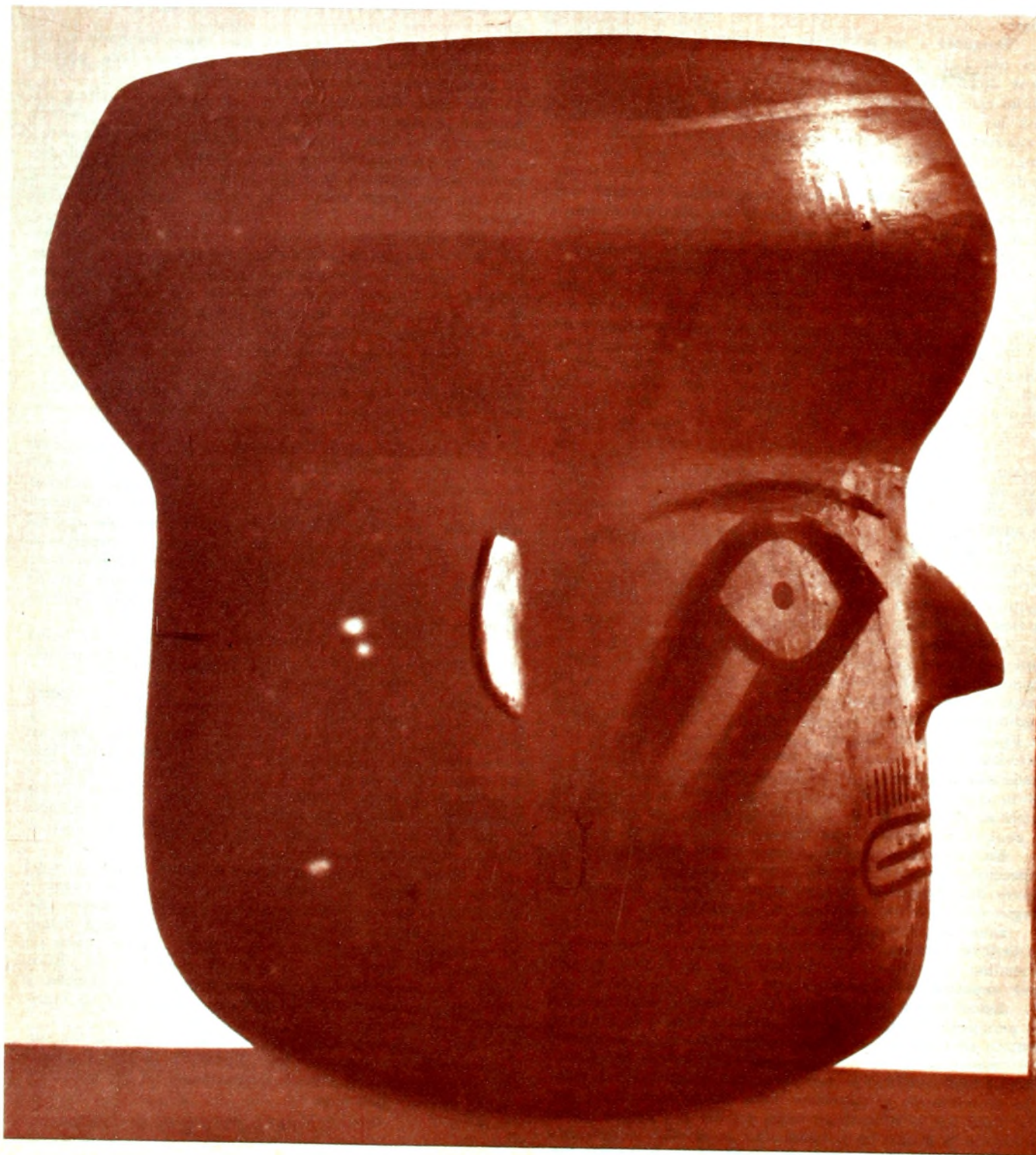
Rara "éstringe" procedente de la costa de Esmeraldas (Ecuador). (Foto Testoni).



Idolo azteca en piedra, de los últimos tiempos del período prehispánico, presumiblemente de la segunda mitad del siglo XV o principios del XVI, antes del arribo de los españoles. (Foto J. Caruso).

La
Colección
Matto

ARTE PRECOLOMBINO



Un llamativo vaso antropomorfo de Nasca, representando a un hombre con turbante. (Foto Testoni).

DESDE el trasfondo mágico y fascinante de las culturas de nuestro continente, desde el surgimiento del mundo de los imperios extinguidos, desde la nebulosa que vieron alzarse los aborígenes de América, llega todavía como irradiación del enigma, el reflejo póstumo del mismo sol reverenciado por las civilizaciones que un día señorearon los confines del territorio, desde Yucatán a la Patagonia, desde las selvas de Esmeraldas a las bocas del Amazonas, desde las cuencas del Plata al plano andino. El misterio ha ido superponiendo interrogantes a los hombres que han querido escrutarlo, y el fantasma yerra, todavía, resistiéndose a la develación de los enigmas.

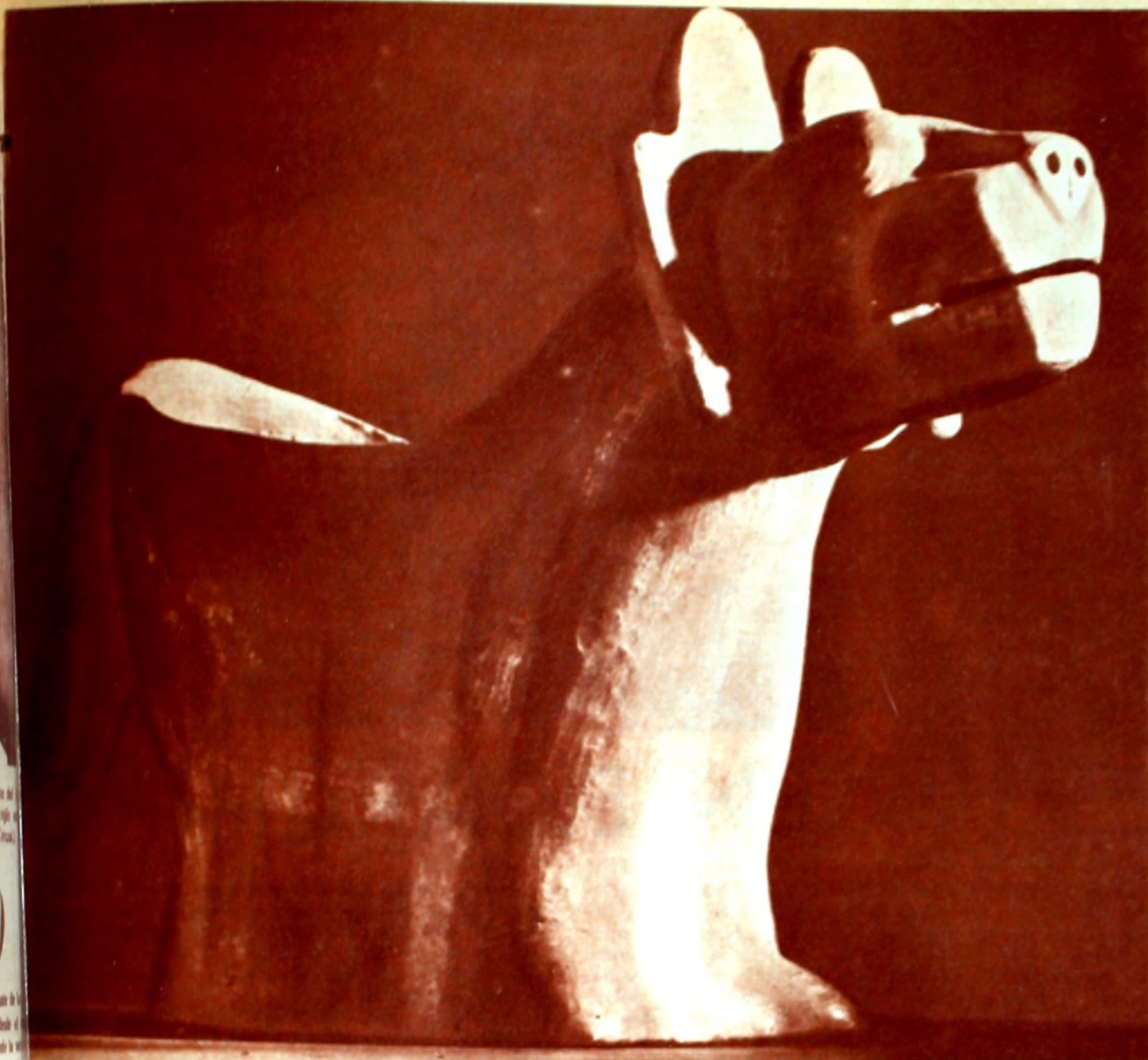
Por eso se ennoblecen aún más las sagradas reliquias que han quedado como únicos testigos de la grandeza majestuosa, del altivo hieratismo y del culto secreto.

No es fácil penetrar en él a la distancia, pero, a través de la rica colección de arte precolombino formada en veinte años de búsqueda paciente por un uruguayo, se puso en ella su fervor de artista, el pintor Francisco Matto, permite, abierta al público desde hace un año, adentrarse en ese gran pasado. Y es digno de subrayarse el empeño del vado de quien supo reunir, en tantos lustros, los hallazgos arqueológicos que seleccionados con criterio estético, criterio de pintor, con interés de pintor en el primer momento, significaron para él, ante todo, la manifestación de arte, que es el lenguaje universal, a veces único, que ha llegado de los viejos pueblos. Procedentes de los núcleos culturales de la América precolombina, como una lección insuperable, no sólo indispensable para los dioses especializados, sino para alumnos escolares, pues les brinda una oportunidad única de verlos, sí mismos, piezas auténticas.

Habíamos visitado el actual Museo años atrás, cuando aún no estaba organizado. Hasta la circunstancia de estar en un predio donde gravita la tradición, ayuda a crear un clima propicio, pues el local, donde también tiene su taller, se alza en las viejas cocheras de la que fue la Vilaró.

Se entra en un mundo distinto. Nuestro tiempo, con sus preocupaciones de hoy, nuestro revestimiento de modernidad, quedan fuera. Se entran sólo ojos y alma y se goza mejor del paisaje retrospectivo que azora y se vive el presente. Francisco Matto contó con la colaboración del Arq. Ernesto Leborgne para modelar este ámbito y con la del arqueólogo Raúl Campá en la restauración, curación y clasificación de las piezas.

Se persiguió un propósito, y se obtuvo: rodear cada elemento, no sofocar el mensaje de cada una de ellas, en libertad la sagrada elocuencia del cacharro, del valioso harapo milenario, para que hablen por sí mismas, para que sugieran y vivan la vida perduradora de arte y de la historia, tan palpitante sobre los oscuros ciopelos que en las vitrinas les mullen el aparente silencio como lo estuvieron en las manos oscuras del artesano, del farero o del tejedor indígenas, del sacerdote o del guerrero cuyas andanzas compartían. El hornillo azteca o el plato de Lambayeque, el vaso de Nasca o el sahumerio del Tiahuanaco, hablan de otros siglos y otros hombres anduvieron por nuestras tierras, y de los que sólo



ahumerio que representa a un felino, que junto con el cóndor, eran los animales sagrados del Tiahuanaco. — Siglos IV a VI. (Foto Testoni).

do legado del objeto, el adorno, el utensilio, para que yemos en ellos el ala de la imaginación.

De más está señalar el valor que en todo sentido tiene colección Matto, única en su género entre nosotros, rvo que nos aproxima a las raíces ancestrales de nuestra pe telúrica. El pasado legendario de la raza tiene no é fuerza de persuasión, se insinúa no sé con qué meta a certidumbre, frente a esos inanimados vestigios que

constituyen el patrimonio cultural de América. Y emergen, evadidos sin tiempo y fuera del espacio, como símbolos de una gran aurora olvidada, resultándonos un asombro aquí, entre nosotros, extraños huéspedes de lujo en una ciudad que no conoció los fastos de las grandes civilizaciones antiguas, y esto es algo que el país le adeuda a este refinado artista que es Francisco Matto, cuando se hizo en él necesidad compartir su tesoro precolombino, llevándole a inau-

gurar, hace un año precisamente, este Museo de incuestionable jerarquía.

Deslumbrados hallarse rodeados de tanta vasija venerable, de esas espléndidas joyas del Incario, de figuritas aztecas, de urnas funerarias de Chancay, de ceramios peruanos. Todo es un mundo fabuloso que avasalla y seduce con la magnética atracción de las cosas inabordables, y el observador siente que todo desaparece y sólo son reales las preciosas reliquias, narrando con la dignidad artística que las realza, la vieja historia de otros seres humanos.

¿Qué objeto tuvo, por ejemplo, esa curiosa "esfinge" de Esmeraldas, qué significan esas figurillas femeninas de la cultura Tlatilco, de elaboradísimos peinados, que hacen pensar en las Venus arcaicas, cómo reverenciaron en el Tiahuanaco al sagrado felino que representaron plásticamente en recipientes magníficos? Todo se hace pregunta, frente a las vitrinas que encierran la vibración del ayer lejanísimo.

En nuestro medio tan necesitado de estímulos superiores, tan distraído de los acicateos desinteresados del espíritu, que van reduciéndose a privilegio de unos pocos, tan olvidado de que fue la trascendencia intelectual la que dio al Uruguay su gran prestigio en los comienzos de siglo, al amparo del formidable impulso cívico de Batlle y Ordoñez, corresponde poner énfasis en lo que esta Colección Matto generosamente abierta al público significa, como aporte de integración cultural.

Allí está, al alcance de todos, en la suprema elocuencia del enigma, que resucita oscuras cosmogonías, dioses sepultos, arte ungido de sagrados designios, eco del clamor milenar de nuestro pasado americano.

Dora Isella RUSSELL

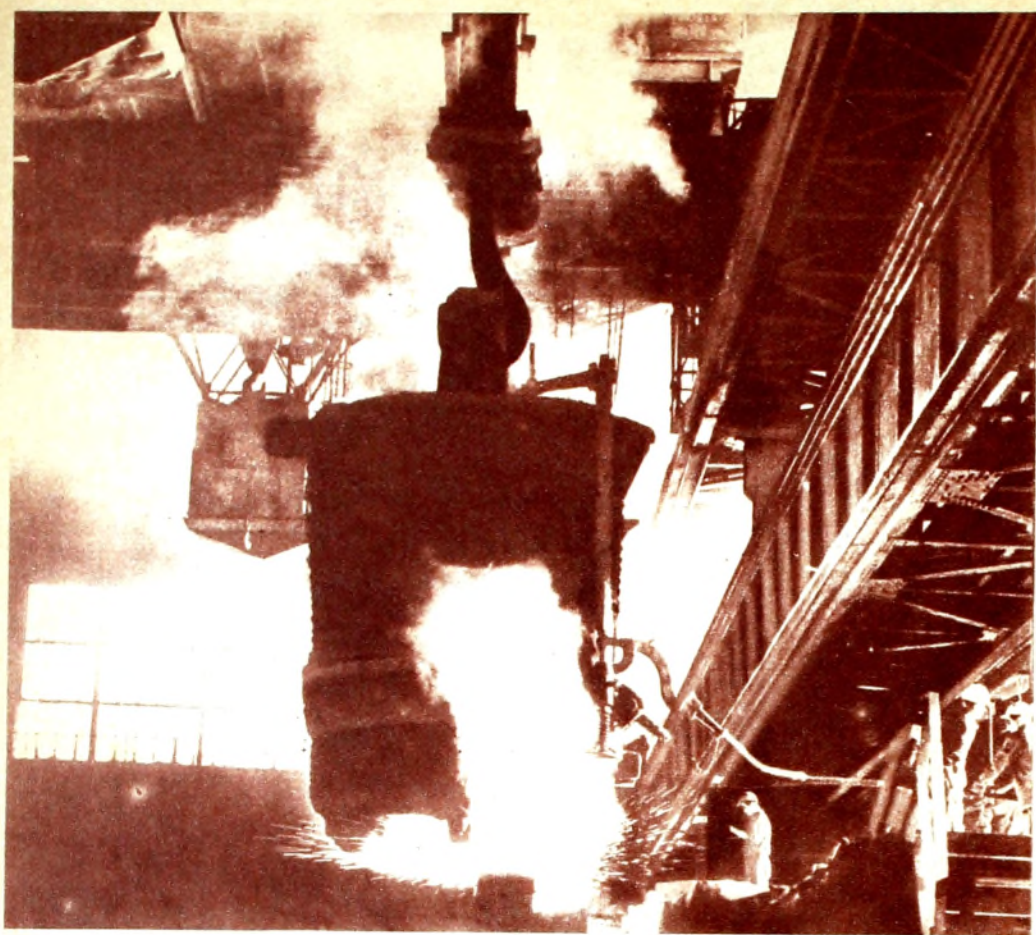
(Especial para EL DIA)



Figurilla pre-clásica perteneciente a la cultura Tlatilco (Valle de México), equivalente en su simbolismo, a las antiguas Venus o diosas de la Tierra. (Foto Testoni).



tejido impreso con tacos de madera, sobre trama de algodón, con pigmentos vegetales. Cultura del Tiahuanaco. (Foto Testoni).



En las fundiciones de acero de Piombino.



EN EL ARCHIPIÉLAGO

ENTRE la costa de Toscana y la costa de Córcega hay un archipiélago formado por unos treinta islotes y siete islas, restos todos ellos —islas e islotes— de una antigua tierra hundida por un terrible cataclismo antes que el hombre apareciera en ella. El archipiélago sigue aproximadamente la dirección de la costa toscana, de Sureste a Noroeste; todas las islas, con sus bosques, sus campos cultivados y sus montañas abruptas, tienen un aspecto extraordinariamente hermoso; algunas de ellas son habitadas, otras lo fueron antiguamente.

En la isla de Giannutri, por ejemplo —la más meridional de todas— la opulenta familia romana de los Domicios había hecho construir, hace veinte siglos, una grandiosa "villa" con sus termas, sus jardines, sus espléndidas habitaciones, sus depósitos y sus numerosas viviendas para los agricultores y personal de servicio.

Después los Romanos desaparecieron del mundo; y "cuando los Romanos desaparecieron del mundo —decía Robespierre— el mundo quedó vacío". También esta isla encantadora "quedó vacía" y, como para demostrar que el progreso humano no sigue exactamente una línea ascendente, se transformó en guarida de piratas.

En las últimas décadas del siglo pasado, un anciano capitán de marina, después de haber navegado por todos los mares del mundo, se retiró en la isla de Giannutri para trabajar la tierra y hacer vida de anacoreta. Una joven pupila quiso acompañarle, y durante más de cuarenta años no salieron de la isla; residieron aquí hasta que el anciano capitán falleció, casi centenario, en el año 1922. De su obra

quedan los viñedos y los olivares que él había plantado y cultivado, y que un grupo de agricultores, enamorados de las bellezas de esta isla deshabitada, se encargan de cuidar y desarrollar durante los viajes que realizan periódicamente. De la guarida de los piratas sólo quedan tenebrosas leyendas; y de la grandiosa "villa" romana quedan los restos imponentes entre los cuales repercute el mugir solemne y acompasado de las olas del Mar Tirreno.

Ningún puerto hay en la isla, ninguna línea de vapores se acerca a ella; solamente algunas barcas de pescadores recorren las diez millas que la separan de la cercana isla del Giglio, la más meridional de las islas habitadas.

Los dos mil quinientos habitantes de la isla del Giglio se distribuyen en su casi totalidad en las dos únicas aldeas: Giglio Porto —con un pequeño puerto de pescadores, el único de la isla— y Giglio Castello —con un antiguo castillo que la domina.

Como es sabido, *Giglio* significa "lirio", y aunque el nombre de esta isla es una modificación del pelago "Aigilion" que podría traducirse con cierta libertad por "inaccesible hasta para las cabras", a nosotros nos agrada pensar que esta palabra *Giglio*, que se repite con cierta insistencia al designar la isla y las aldeas, ha sido puesta aquí, frente a la costa de Toscana, para recordar la flor hermosa y delicada que luce en los escudos de Toscana y de Florencia, su capital, y que es un símbolo de ambas.

De Giglio Porto por una corta carretera se alcanza Giglio Castello situado a cuatrocientos metros de altura y encerrado en sus murallas de piedra. Toda esta minúscula

y pintoresca aldea, que se anida como un ave marina en la cumbre de la montaña, está construida con piedras, murallas, castillo, casas, arcos que las unen y calles que serpentean entre las casas y debajo de los techos. Giglio Castello es una sinfonía en gris debajo de un cielo luminoso y azul.

Desde las alturas de Poggio della Pagana, a las que se llega por una carretera de montaña entre viñedos y olivares, se abre a nuestra vista un panorama estupendo de los más bellos panoramas de Italia. Hacia el Occidente, las montañas de la Córcega, más azules que el cielo; hacia el Oriente la costa y las montañas de la Toscana; hacia el Sur, la isla de Giannutri; y hacia el Norte, las otras islas: Montecristo con sus costas rocosas y salvajes que guardan celosas el antiguo tesoro de leyenda escondido entre las ruinas de la Abadía; Pianosa con sus grutas marinas y revoloteos de millares de blancas gaviotas; y, más allá, hacia el horizonte, la isla de Elba, la reina del archipiélago, férrea, rocosa y digno refugio del águila imperial, en la que ella se detuvo antes de emprender el último y fatal viaje que debía llevarla a morir en otra isla solitaria y prisionera en la inmensidad del océano.

La isla de Elba surge de las aguas del Tirreno a unas millas de la costa de Toscana y a quince millas de la costa de Córcega; en Toscana habían nacido los antepasados de Napoleón, en Córcega habían nacido sus abuelos, sus padres y él mismo.

Después de la abdicación de Fontainebleau, eligió su residencia la isla de Elba, tan "estratégicamente" situada.



Isla de Giglio. El Castillo.



Isla de Giannutri.

Isla de Elba. Panorama de Río Marina, uno de los centros mineros de la isla.



ARCHIPIÉLAGO TOSCANO

Desde el punto de vista ancestral y afectivo, podría decirse que el sentimiento de aquel genio de la tierra, quien, al intuir su próximo fin, siente la nostalgia de su tierra y de la tierra de sus antepasados. Pero no en su indole pensar en el pasado, él era una vanguardia avanzada del futuro que se levantaba de improviso ante a mentalidades miopes y detenidas en un estático presente.

"Cuando yo elegí la isla de Elba —escribirá más tarde el Emperador— el mío fue un gesto de un alma sola. Yo soy un bloque de roca proyectado en el espacio". Y desde un buque que enarbolaba su nueva bandera blanca con tres abejas y bordeada por una faja roja —embarcó el 4 de mayo de 1814 en Portoferraio, la capital de la isla y de su nuevo y pequeño imperio. El cual nuevo y pequeño imperio —según dispuso en su primer decreto— "debía tener el fasto que corresponde a una residencia imperial sobre cada uno de los cuatro puntos cardinales de la isla: a Portoferraio, a Porto Azzurro, a Río Marina y Marciana".

Y uniendo los hechos a las palabras, en los diez meses que permaneció en la isla de Elba hizo restaurar y embellecer el ermitorio de Marciana, la Villa de los Molinos y la de San Martino. Esta última no era más que una casa de campo que servía de depósito; Napoleón la adquirió y transformó, como las dos anteriores, en una suntuosa residencia. En ella se conservaba el Museo Napoleónico creado por el príncipe ruso Anatolio Demidoff, yerno de Napoleón Bonaparte. El Museo, que era de Propiedad

privada, fue desapareciendo lentamente por la venta de los objetos y ahora la Villa de San Martino está destinada a Pinacoteca Comunal.

Además de las residencias, queda el recuerdo de Napoleón en la "Biblioteca Napoleónica" con sede en el Palacio Comunal y formada por los libros donados por el Emperador a la ciudad de Portoferraio.

El nombre de Portoferraio dado a esta graciosa ciudad, capital de la mayor isla del archipiélago, contrasta por su recia sonoridad con el delicado nombre de *Giglio* dado a la isla que la sigue en dimensión, como si el acceso a la dulce tierra de Toscana estuviera indicado por la gentileza de la flor y por la rudeza del hierro, el metal rudo y noble del cual la isla de Elba provee generosamente en cantidades inagotables.

En menos de cuatro años la producción anual de acero en Italia pasó de cinco millones de toneladas a más de diez millones de toneladas, situando a esta nación en los primeros puestos de la clasificación mundial. Y desde las minas de la isla de Elba continuaban a extraerse millones de toneladas de mineral y a volcarse en los altos hornos de Portoferraio y de Piombino.

Diodoro Sículo, cuyos relatos sólo se refieren a las regiones que él había visitado, escribía hace veinte siglos: "Cerca de la ciudad etrusca de Populonia yace una isla llamada *Aitalia*. Ella dista del continente unos cien estadios, y se le dio el nombre de *Aitalia* —"humante"— por el humo que sale de sus hornos de fusión. Tiene gran cantidad de mineral de hierro que los operarios rompen para la fusión y preparación del hierro, y la abundancia

"de este metal es enorme".

Aitalia, como se comprende, era el antiguo nombre pelasgo —y más tarde griego— de la isla de Elba; los Romanos la llamaron *Ilva*, y Virgilio, al referirse a ella en el Libro X de la Eneida, confirma lo que relataba Diodoro Sículo en cuanto a la abundancia del mineral de hierro; más aún, Virgilio sostiene que estas minas son inagotables.

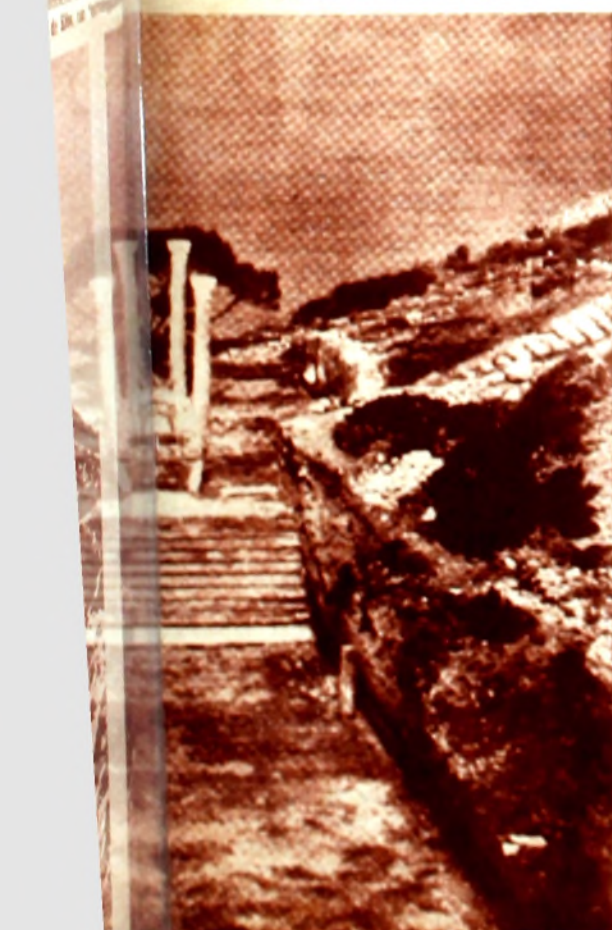
Y cuando se piensa que en la época que escribían Diodoro Sículo y Virgilio ya hacía mil años que se explotaban las minas de la isla de Elba, y que después de tres mil años aún se siguen explotando, nos explicamos perfectamente la aureola de leyendas que las rodeaba en la antigüedad.

Servio, al comentar los versos de Virgilio relativos a las cantidades inagotables de mineral, recuerda un texto de Plinio que ya no existe y en el cual se observaba que "mientras las otras minas se agotan al extraer el mineral, las minas de hierro de la isla de Elba presentan el fenómeno singular y milagroso que el mineral excavado vuelve a renacer, y se puede continuar a excavar y a extraer hasta el infinito".

Desde el vapor que recorre las cinco millas que nos separan del promontorio de Piombino, donde las antiguas escorias del mineral de hierro cubren las tumbas etruscas de Populonia, vemos alejarse el perfil férreo y rocoso de las montañas de la isla de Elba.

Negras nubes salen de los altos hornos y cubren el cielo; el viento de Poniente, que no amaina nunca, las esparce lentamente sobre las tierras de Italia y sobre esta raza laboriosa e "inagotable" que desde hace tres mil años vuelve a renacer, como su mineral de hierro, para forjar el futuro con la misma indomable energía con la cual forjó un grandioso pasado.

Ing. Enrique CHIANCONE
(Especial para EL DÍA)



Restos de la "Villa" romana (siglo I d. C.).



Isla de Giglio. El Puerto.



"Figura". Bronce. Primer premio, obra de Juan A. Torrents.



"Gallo". Yeso patinado, de Lena Gamberoni. Premio "Manufactura Nacional de Yesos".

COMISION NACIONAL XXVII - SALON ESCULTURA

DECIA Rodin, defendiendo la interpretación de la Naturaleza culminada por los griegos: "Se pretende que ellos quisieron dar lecciones a la Naturaleza, creando en formas simplificadas una suerte de belleza abstracta, puramente dirigida al espíritu y absolutamente ajena a la recreación de los sentidos. Los que opinan de esta manera, se apoyan en el ejemplo que ellos creen encontrar en el arte antiguo para corregir a la Naturaleza, para castrarla, para reducirla a contornos secos, fríos, convencionales y sin ninguna relación con la verdad".

Algo de esto podría aplicarse al fenómeno del arte actual. Ya sea en pintura como en escultura. La bella conformación de este Arte, hecho de forma y modelado, de talla directa o de expresiones realizadas en materiales diversos, ha sufrido la transformación en la cual se han dejado al margen sus más intensas virtudes. El abstraer de la naturaleza ha traído una confusa transición, que trastoca el verdadero fin de una evolución moderna. Es despojando de grandes atributos que se ha pretendido imponer una nueva visión interior, una propensión personal a influir en estados de ánimo, o simplemente a tratar la faz espacial. Estas actitudes han traído como consecuencia la estilización y llamada depuración, que como en la pintura, incursionó tal vez sin desearlo en lo decorativo, hasta caer totalmente en una expresión ajena y complicada con materiales que, lejos de pegarse a las manos del artista, las alejaba por la herramienta artesana y el material herrumbroso. El hecho interpretado es, a nuestro entender, en el arte, la sustancial condición de su valimiento, juntamente con los medios técnicos para alcanzarla. Nunca ningún artista dejó de depurar o abstraer de la naturaleza la legítima porción que él consideró a favor de su expresión.

Si los griegos tomaban en un todo las bellezas de la forma, abstraían también sin despojar el valor del modelado, lo que es distinto a la ampulosidad de la Academia, o más cercano, a la disecación total de la forma, reduciendo, sin agregar nada, la maravillosa dignidad de un arte grandioso. Se incorporó a tales conceptos, otros filosóficos y metafísicos, que llegaron a producir en la escultura verdaderas máquinas

probatorias de determinada idea, que se dieron a cursar en la materia, dictámenes completamente ajenos al verdadero arte, para convertirse en zonas de polémicas poco meritorias.

Un concepto, como el moderno de Henri Moore, está lejos de prevalecer en estos aspectos, porque si bien su escultura es abstracta —¿y en qué forma!— el principio del modelado fue su principal cometido, ni abandona la naturaleza básica, y casi nunca se aleja con la naturaleza.

Es cierto que su idea espacial es distinta, y hace de sus figuras símbolos de la época. En nuestro mundo, en todo el mundo, la escultura evoluciona, y si la mayoría de los autores se mantienen aún dentro de los límites de la forma, existen también quienes han abandonado tal tesitura, y tan en los movimientos anteriores. Sin embargo, en el presente se observan obras que parecen una más certera visión plástica de artistas que tienen en su historia definida, o de otros, que cambiando y logrando superaciones. Este último es el caso de Pablo Picasso, escultor modesto, que ya está elocuente de buenas realizaciones. Este último es el caso de Pablo Picasso, escultor modesto, que ya está elocuente de buenas realizaciones. Este último es el caso de Pablo Picasso, escultor modesto, que ya está elocuente de buenas realizaciones. Este último es el caso de Pablo Picasso, escultor modesto, que ya está elocuente de buenas realizaciones.



Obra de Francisco



"Retrato de Roberto". Yeso patinado de Angel Panosetti. Premio al retrato.

BELLAS ARTES NACIONAL ESCURA

La fineza que este trabajo no tiene, una demostración cabal para haber presentado dos formas dentro de una ligazón de concepto acertado. "Tregua", de Fernández Tuduri, alcanzó el Gran Premio. Este trabajo vuelve a los salones las figuras de un joven artista, igualmente, no es, a nuestro entender, que esté por sobre las que el presentara en otros trabajos de más peso, en cuanto a sustentar el una escultura popular en la que muchos triunfos. Esta par que llevó a Tuduri a lograr el premio, destaca su trayectoria de expresivas muy elocuentes, que se un modelado simple y de sencillez de los grandes planos. La de Tuduri da a estos personajes una justa entereza de la forma. El modelado de Nieva, "Relicencia", una más serena y poética obra.

La cabeza trabajada, de limpia suavidad, los rasgos, y dejando la fuerza de la luz para describir el contraste, anuncios de carácter. Larrarte presenta "Gallo", yeso del premio Manufactura N. de Yezos, se ve la disposición a la depuración de las formas. Si el trabajo un carácter más decorativo, y es interesante cómo ha conseguido la vivacidad de actitud la figura impulsiva del animal. En Nadal premio Cámara de Representación predominó totalmente, quedando casi como un signo que se repite.

"Orando", en metal repujado, de Bares, atiende a una técnica que se hace presente en estas obras su trabajo es de destacar, una composición que no aleja la mirada hacia la abstracción, lo que se evidencia. En figuras enteras por de Nieva "Ariel", como perla, la calidad de un símbolo jamás

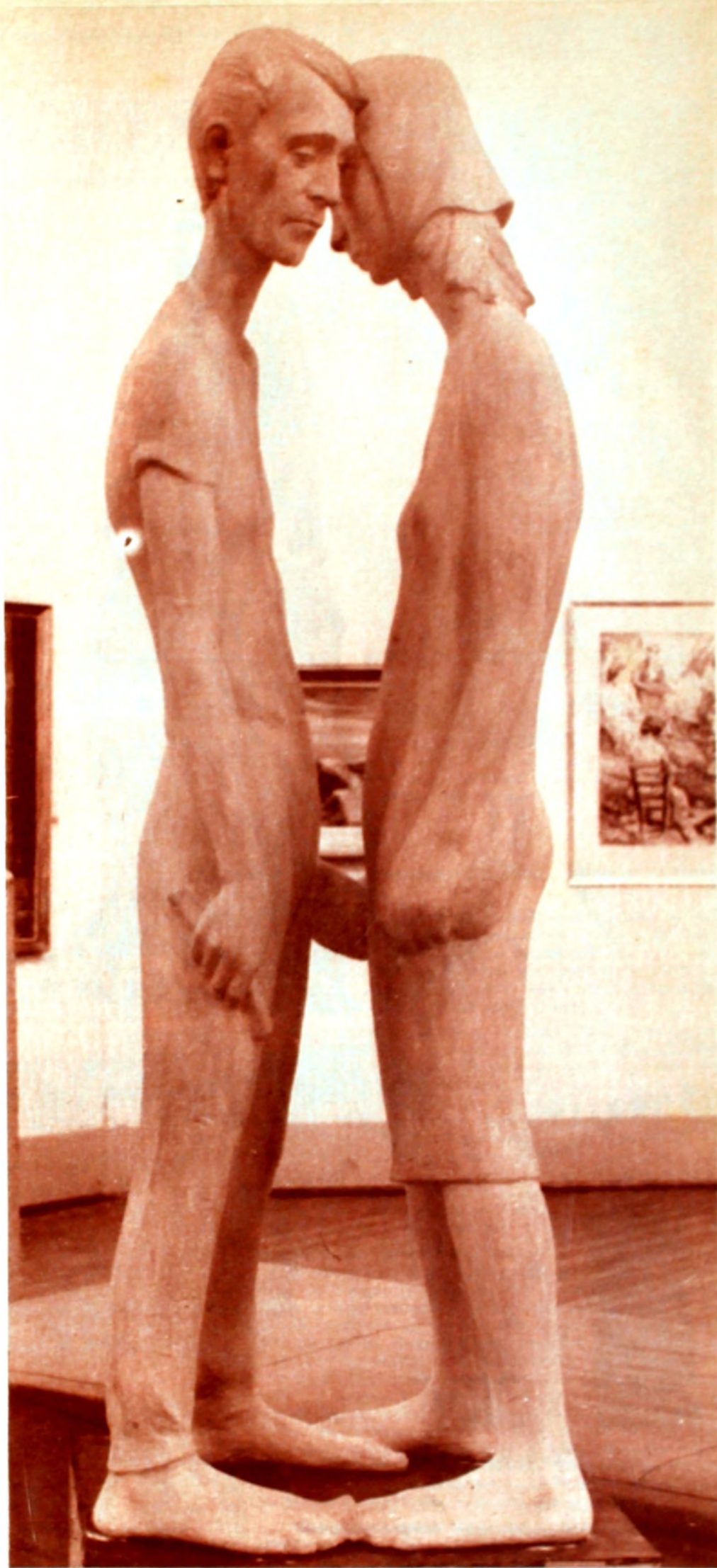
abandonado por el arte, y como tipos, los realizados por Chiessa: "Viejo montaraz" y "Mendigo", dos caracteres entroncados en un estudio de expresión, tratados con la modalidad de este escultor: simple y de concepto naturalista, tentando la ubicación en su medio.

Si volvemos a insistir con las obras animalistas de Bauzá, es porque su exponente "Lechuza", talla de madera, le renueva en una obra que el artista trata desde mucho, y que pocos son los que en escultura trabajan el moderno hacer que ha encontrado en Bauzá a un escultor de relieve. Este trabajo en madera acusa una especial unidad en todo su volumen. Si la escultura es un arte de volumen, Bauzá lo encara con experiencia y ricas posibilidades de auténticos valores.

Además, sabe Bauzá buscar, y mejor expresar, ese misterio del animal, y su característica nocturna, bien encuentra, en su concepto, la facilidad para absorber las luces y medias tintas, así como los puntos netos de luz que dan cima al modelado de la talla. Un retrato de Larrarte contrasta evidentemente con los anteriores. No por su mayor valor, sino por una severa y sobria línea que acusa la modulación de formas y planos enseñoreados con una idea pensante. Este descifrar del silencio, que la escultura posee dentro de sus frías realidades técnicas —el yeso— salvan, a pesar del material blanco, dificultades notorias de vibración superior.

En "Marujita", de Serapio Pérez, encontramos una riqueza de la superficie áspera y porosa, que se conecta fácil y favorablemente con la infantil y respingada expresión. Bien colocados los acentos, tiene este yeso una proverbial faceta de interés: su redondear los planos hacia atrás, y resolviendo sus facciones de muchacha sencilla, con un modelado de acuerdo a lo que se propuso el artista. En realidad, Pérez ya había llegado a obras de otro aliento que una simple cabeza: pero es el caso que en ella pueden palpase los atributos serios de escultor, como en las más destacadas obras suyas.

Agregaremos la "Figura" de Enrique Fernández —escultor que ganara recientemente junto a Nantes, la beca para sus estudios en Europa— y que ya delineáramos en su



"Tregua". Yeso de Fernández Tuduri. Gran Premio.

última muestra; "El segador" de Mario Lazo, esforzado artista que en la talla en madera dedica sus más altas posibilidades, y la talla en piedra arenisca de Pascuali, "Concentración", que posee el valor, aparte del escultórico, de ser realizada en material noble. En una versión de corte moderno, se aprieta en un grupo el "Montonero" de Sciuto —premio Banco República—, pieza que se indica por los ritmos de sus vacíos y por la geometría de una abstracción, que no abandona empero el motivo ni un principio básico acorde a él. No obstante, omite

muchos bellos atributos que podrían enriquecer esta obra de buen temario nacional, la que desforma y limita en su expresión, qué pudo abarcar, sin una tan seca depuración, valores más esenciales y puros. Agregaremos a ello la "Figura" de Siciliano, en yeso, que pone a prueba una vez más sus cualidades, que seguiremos comentando desde la edición diaria junto a otros destacados valores de esta sección.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)

ALFREDO DE



La estatua de Alfredo de Vigny, lo muestra altivo y distante, mirando hacia lo lejos.

"Los antepasados están siempre presentes."
(Vigny. "Diario de un Poeta". 1841)

SE cumple en este setiembre el centenario de la muerte de Alfredo de Vigny (1797-1863).

Pero, para recordarlo, vayamos hacia lo que podríamos llamar el polo positivo; es decir, evoquemos a Loches, su ciudad natal. Aunque desplazado de allí siendo niño, viajero movidizo por fuerza de su carrera militar y de diversas obligaciones familiares, Vigny quedó siempre un enamorado de su Turena original, hasta transformarse en los últimos decenios de su vida en señor verdadero de sus dominios de Maine-Giraud. Tierra privilegiada la suya que dio seres de rara fortaleza y que, por citar sólo a hombres de pluma, cuenta entre otros hijos dilectos a Rabelais, Descartes, Balzac.

Vigny se enorgullece de ella, llamándola con lo que, para él significaba lo más alto, "cuna del idioma y de la monarquía". Agregando en sus primeras líneas de la novela "Cinq-Mars": "Todo recuerda allí la fecundidad de la tierra y la antigüedad de sus monumentos". Detalles que hallamos hoy y de los que podemos gozar generosamente, como en un escenario desgajado de nuestro tiempo. Escenario en el que vuelven a hacer familiares, veraces, seres y hechos que pertenecen a la historia.

En Loches nació Alfredo-Victor, pequeño conde de Vigny, el que luego fuera soldado de empenachada aristocracia, poeta de un original romanticismo, defensor de tres causas "perdidas": los "parias" de la antigua nobleza, los poetas indefensos ante la nueva sociedad, las mujeres aplastadas por la ley intransigente. El que fue fácilmente acusado de vivir en su "torre de marfil" pero que, sin embargo, fue hombre de pelear su vida sin descanso; de vasta

correspondencia, mundano y retraído, filósofo de su época y de búsqueda implacable. Es el enamorado pero también el esposo de devoción casi estoica y el que, tras enfermedad, como el lobo de su célebre poema: "muere sin lanzar un grito". Hablar de su vida es una obra rebasa nuestro intento; una y otra nos obligan a entrar no sólo en la historia de una Francia tremenda, convulsa y sacudida ya por hombres y movimientos, sino ahondar en una existencia de múltiples facetas y contradicciones y adentrarse en una obra a la que la decantación de los años no ha dado una definitiva gran valoración.

Pero, en cambio, su memoria está muy viva. En Loches y, para afirmarlo, basta decir que todo lo que llega a la pequeña ciudad desemboca en la avenida que lleva su nombre. Allí está emplazada su estatua de bronce que lo muestra de cuerpo entero, altivo y distante, mirando hacia lo lejos como oteando horizontes, como buscando allá "pequeños valles poblados de casitas blancas, rodeados de bosquecillos, colinas doradas por la vida o iluminadas por las flores de cerezo, viejos muros cubiertos de selvas nuevas, jardines de rosas de los que emergían festivamente una torre airosa". (Vigny).

Nosotros también vimos eso; y una pastora que cuenta las cabras; viñedos que irisa el viento perfumado de plantíos de prolijo colorido bajo el sol intachable; chonones amarillos que traen la realidad de Van Gogh; medio de verdes incontables; los álamos vibrando en luz, formando gráciles muros o grupos susurrantes de agua mansa.

Y el parque que se extiende muy cerca del poso de infinitud de árboles y flores, su jardín japonés, los faros en la superficie del lago, donde se reflejan, los ramos naturales de los rododendros.

Y, desde allí, solemnes, sobrecogedores, toda la historia del castillo, la iglesia de St. Ours, la torre redonda del palacio real. ¿Cómo escapar a todo esto cuando, repentinamente, a Vigny, la belleza de "este jardín de Francia" se opone a la majestuosidad de la obra del hombre?

Lentamente, nos vamos acercando a la Puerta de la Victoria (ejemplo perfecto de arquitectura militar fortificada) donde Juana de Arco entrara a la ciudad, después de la victoria de Orleans. Aquí tuvo su segunda entrevista con el



Para defender el único punto débil del castillo desde el siglo XI al XV se fueron agregando torres defensivas.

VIGNY NACIO EN LOCHES

Carlos VII para obligarlo a su coronación en Reims. Y la historia ya se apodera de nosotros, convirtiendo los pasos de un turista en los de un peregrino. Porque lo maravilloso de éste, como de otros mil contactos con nuestras patrias europeas, es tenernos siempre en una vigilia infatigable, un alerta de todo cuanto alguna vez aprendimos en la lectura del libro o en la voz del maestro, en un despertar ígneo que dará a nuestra pequeña, mediana o vasta cultura un espaldarazo definitivo, una asimilación esencial, lo que no se puede explicar pero que se siente, tan de verdad, como una herida carnal.

Ya en la terraza de la fortificación quedamos frente a la iglesia de St. Ours, la antigua colegiata fundada por Geoffroy Grisegonnelle, conde de Anjou, en 962, sobre el solar que en el siglo V había fundado San Eustaquio. La ubicación recuerda las palabras de Vigny: "Los señores querían y el pueblo subía hasta su altar: terreno de batalla, colocado como campo neutral entre la miseria y la grandeza que tan amenudo se han hecho la guerra."

En el siglo XII, este templo románico fue modificado de aquello sobrevive un ejemplo arquitectónico único: "dubés" o sea las bóvedas de la nave de forma piramidal. Su autor fue el prior Tomás Pactius. Pero hay más en ese encantador templo arcaico: un altar galo-romano se ha transformado en pila de agua bendita, decorada con historiadas de monstruos y animales, el porche de la "angevina", capiteles con aquellos motivos primitivos que presentan los rostros surgiendo entre volutas.

A la salida del templo, pocos pasos nos llevan a la plaza del castillo. Lo que se retiene de él es múltiple. El sentir del hombre, su alma contradictoria y su vida están a cada instante presentes. Amor y odio, dulzura y apacibilidad, dulzura y crueldad, poderío y flaqueza, disipación y recogimiento.

El castillo fue primero, como Chinon, como Chantilly, como tantos otros, un lugar que por su posición geográfica estaba para su utilización dominante. Los famosos y los condes de Anjou hicieron allí su fortaleza para defenderla, primordialmente, como prisión de enemigos importantes. Enrique II Plantagenet (un Anjou reinante en Inglaterra a quien se le dio ese nombre por su costumbre de llevar unos ramitos de retama — "genet" — en el sombrero...) lo fortificó en alto grado. A su muerte, se lo heredó, desde uno y otro campo, Ricardo Corazón de León y Felipe-Augusto. A partir de 1205, Loches se trans-

forma en una inexpugnable prisión de estado. Y en ese aspecto, no sólo por lo que imaginamos y recreamos, sino por lo que vimos, Loches configura uno de los más siniestros ejemplos; el despliegue de crueldad y refinamiento para las torturas, empujando otros tristes recuerdos. Cuevas subterráneas que conservan los grabados hechos a uña o con algún trozo de madera o metal de los prisioneros; "oubliettes" que se podían inundar gradualmente por un sistema de compuertas y que ofrecían la muerte en el más absoluto silencio o lo que ahora solemos llamar "guerra de nervios"; mazmorras talladas como nichos en los altos muros de piedra y que apenas rebasan el tamaño de un hombre; argollas de hierro a cada paso y garfios de donde se colgaban las "fillettes", aquellas jaulas de madera y metal que obligaban por sus dimensiones (dos por dos, dos por uno cuarenta) a que el prisionero estuviera allí arqueado o acostado. En una de ellas terminó sus días, después de siete años de horror, su inventor, el cardenal de la Balue, quien las había ofrecido a su señor Luis XI. Y la cueva prisión donde estuviera confinado, sin ver siquiera la luz, Ludovico el Moro, conde de Sforza. Durante ocho años, sólo se le permitió hacer algunos trabajos en metal a los que era afecto, así como se le dieron pinturas con las que fue decorando uno de los muros de piedra. Hay allí, aún hoy, extraños decorados, estrellas doradas que se llamaron "de la esperanza" y una frase: "Celui qui n'est pas content". Es célebre que, al cabo de los ocho años, cuando se le liberó y se le hizo salir al patio del castillo, la fuerza del sol y de su júbilo lo hicieron caer fulminado.

Pero volvamos a la alta terraza para tener una vista de conjunto de los estilos que se observan, nitidamente, en toda la masa de edificación: siglos X, XIII, XIV y XV, desde los Anjou a Carlos VII y Luis XI, Carlos VIII y Luis XII. Del feudal al gótico y al renacimiento recién amanecido, que se marca hasta en el gusto cinegético de sus monarcas por la notable aparición de los lebreles en la ornamentación (época de Luis XIII, en particular). A lo lejos se extiende la floresta de Loches, vasta aún hoy, pero que era inmensa en aquellos siglos, célebre — según la tradición lugareña — por una magnífica jornada de caza que Francisco I ofreciera a Carlos V, de paso para Flandes.

Desde aquí podemos distinguir, entre muros y amontonamiento de casitas, el casi derruido camino de ronda



Emergen entre los techos actuales restos de la antigua fortificación de Loches.

que daba a la fortificación de Loches una enorme similitud con la de Chinon.

Pero ya en el castillo, es amable el conjunto de las habitaciones señoriales; nuevamente, surge Juana de Arco en el antiguo salón de Carlos. Impresiona aquí el juego de las soberbias vigas de roble que, para bajar hasta la mitad de la sala el altísimo techo feudal, imita el casco de un navío con la convexidad hacia abajo.

Pero vayamos, al fin, a la Vieja Torre para hallar un toque de dulzura; casi juntos, allí encontramos los recuerdos de dos mujeres. Primero, la estatua yacente de Agnès Sorel, favorita de Carlos VII, que protagoniza la primera historia amorosa de este castillo. Su monumento funerario de mármol blanco (siglo XV) es de evidente gusto florentino aunque se desconozca su autor. Tal como lo atestigua la tradición, el rostro esculpido la muestra de una singular belleza. Dos ángeles contemplativos sostienen el cojín sobre el que descansa la cabeza y, a sus pies, dos corderos — simbología de su nombre — están haciendo una guardia de emotiva ternura.

Subiendo apenas unas escalerillas, llegamos al pequeño oratorio de la reina Ana de Bretaña. No en balde se lo ha llamado "joyita del castillo". Un dosel esculpido indica el lugar que ocupaba esta mujer, dos veces reina de Francia. Enfrente, un precioso altar donde se oficiaba misa para tan piadosa dama. Hay quienes afirman que la estufa (también pequeña como la habitación de escasos cinco metros cuadrados) indica que la reina debía pasar aquí largas horas de plegaria y meditación para sobrellevar las duras pruebas que golpearon su existencia dramática. Los muros llevan los "mouchetons" de armiño — uno de sus más preciados atributos nobiliarios — y como elemento ornamental el cordel de San Francisco, pues Ana era de su orden terciaria. Las ventanillas lucen finísimos vitrales con su tajante divisa: "Antes la muerte que la mancha".

Desde estas ojivas la mirada abarca la mansa cascada que forman los techos de la población de Loches que desciende hacia el valle del Indre. Hacia allá tomó rumbo, por fin, la existencia jamás conformista de Alfredo de Vigny. Más tarde, nos detendríamos aun al pie de su estatua y, al observar su rostro nos vinieron sus propias palabras: "su cara, como su carácter, tiene algo del candor del verdadero pueblo de San Luis; sus cabellos castaños, largos y curvados tras las orejas, recuerdan las estatuas de piedra de nuestros reyes antiguos".

Rolima IPUCHE RIVA

(Especial para EL DIA)

Agosto, 1963.

(Fotografías de la autora)



Iglesia románica de St. Ours con sus dos bóvedas de forma piramidal.



Puerta de los "Cordeliers", un buen ejemplo de puerta fortificada, que cerraba el recinto de la ciudad.



Estatua de Enrique Ibsen, frente al Nationaltheater, de Oslo. (Fotografía del autor).

QUIEN tiene o aún conserva locomotivas sus piernas y no las desecha por comodidad, estará en condiciones viajando, de conocer mejor cuanto desea conocer. Sobre todo si se trata de una ciudad. Otro medio de locomoción perturba nuestro sentido de orientación que sólo las piernas nos permiten conservar relativamente. Siempre que en Europa dispusimos de un auto, conocimos menos; abarcamos, sí, mayores extensiones en menor tiempo; pero ahí precisamente estuvo el error. Por otra parte, ¿cómo conocer lo mejor de Nápoles o Génova, donde la rueda se convierte en absoluta inutilidad práctica, o Sevilla, o París (pienso sobre todo en Montmartre), o la misma Roma? Dejo de lado, entre otras ciudades e innumerables pueblecillos, a Venecia y Pompeya, por razones obvias, que aunque en la primera las góndolas tengan buena participación, lo mejor está en sus callejuelas y en sus numerosos puentes circunflejos. Dije París y Sevilla, porque hay ciudades que deben conocerse o mirarse también desde arriba; y es imposible, sin buenas piernas, subir a Notre-Dame (hasta el campanario donde aún flota el perfume de Esmeralda aprehendido entre los brazos ardientes del jorobado inmortal), o a la Giralda, por ejemplo, y dejar caer la mirada como una pluma allá abajo, sobre el dibujo vivo, pasmoso, de la ciudad. El ascensor podrá ayudarnos, en Milán, hasta ciertas alturas. Si subimos al Duomo, pero lo mejor está en el último trecho —el trecho de a pie—, entre las 135 flechas y las 200 y pico estatuas de mármol blanco que lucen en su espinosa coronilla.

Pero hablamos de Oslo. Ibsen fue buen caminador hasta 1900. Gozaba caminando por la vieja Cristianía. Oslo es, por otros motivos que los enumerados, una ciudad para caminarla. No es grande; puede recorrerse aun sin tener las piernas una resistencia envidiable. Además es una ciudad tranquila, casi triste. Lo que creíamos en un primer momento un jardín público o parque densamente arbolado en su centro, andando por Ullevålsveien, junto a la Iglesia Trefoldighet (o Iglesia de la Trinidad) y la Biblioteca Deichman, resultó... un cementerio. Y, como todos, con un negocio de venta de lápidas adyacentes. No es el único; poco más allá, alejándonos del centro, hay otro.

APUNTES DE UN VIAJERO CON IBSEN EN OSLO

Pero es preciso cruzar el angosto y serpenteante Akerselva con aguas del Mar del Norte.

Podríamos agregar que es una ciudad romántica, si no existieran otros testimonios que sus restaurantes o comederos con orquestas melódicas o pianos, poéticamente digestivos, cualesquiera sean los precios de sus menús.

Pero no divaguemos. Hablábamos también de Ibsen. Cuando Ibsen cayó enfermo (la apoplejía lo golpeó duramente al final del invierno de 1900, y al comienzo del invierno siguiente un nuevo ataque lo postuló), ya no caminó más; sobrevivió penosamente durante seis años. Se ha divulgado mucho una fotografía de 1903 en la que se ve al dramaturgo contemplando su propia estatua de bronce ante el Teatro Nacional de Cristianía. Está de pie, con los brazos echados a la espalda, subido a un pedestal de piedra. Hablo, naturalmente, de la estatua; porque el otro, el Ibsen de carne y huesos, se contempla a sí mismo desde un trineo que arrastra un caballo. Lo acompaña su enfermero, Arnt Delhi.

El teatro, que está detrás del monumento, merece dos líneas. Sus galerías, sus joles son una magnífica y casi inigualable exposición de mármoles que representan efígies de famosos artistas de la escena y autores nórdicos. Representan una en cierto modo historia "viva" del arte dramático escandinavo.

Todo esto, tan caro a Ibsen, no le fue fácil. A pesar de su estatua, tuvo que esperar pacientemente su turno. Un rodeo más grande que el que hizo por el extranjero Jacinto Grau con su *Señor de Pigmalión* para llegar a los escenarios de su propia tierra debió hacer con su *Brand* para llegar a los escenarios de la suya. Publicada *Brand* en 1866 recorrió Dinamarca y Suecia, esperando casi treinta

años para arribar, en 1895, a la entonces Cristianía. Las manos del eminente actor sueco Linderf. Cien años después llegó, y que tuvo todos los honores, él que tanto lo merecía. Otros, mereciendo tanto o casi tanto, tuvieron tan buen destino. Dicen que para eso existe la inmortalidad.

Cuando nosotros, pensando en esto, nos detuvimos en el mismo donde el bueno de Arnt frenaba el trineo, Ibsen se contemplaba y envidiaba las fuertes piernas de bronce que tenía... pero que no articulaban nada. En el Nationaltheatret se ofrecía *Den Grønne Snopp*, de G. A. Caillavet y Robert de Flers, los autores de *Oslo* —debió decirlo antes— tiene una intensa vida teatral. Si por otra cosa me agrada, es por ello. En esta ciudad Ibsen no ocupaba ningún escenario. En el *Oslo* se daban el *Becket* de Anouilh, que habíamos visto en Madrid; en el *Det Norske Teatret* ofrecían el *Estío en tiza caucásico*, de Bertolt Brecht. Y así, ausente Ibsen que sea, incrustado allí, siempre, en una urna de telera. Pero la postura, de pie —las manos a la espalda— parecía la de estar esperando su turno, a pesares de que por las noches primaverales acobarda la piel sólo él esperando. Lo acompaña su consuegro Bjørnstjerne Bjørnson (el autor de *Brand* le confesó después con gusto que era a él a quien había amado más), en una actitud de paciente espera, a pocos pasos, dándole el hombro como la espalda al Coliseo, con un gesto de disimulada impaciencia que la nieve de las noches largas de invierno no podía sentir menos todavía, más allá, en la misma plaza, al padre de los dos: Holberg, primer poeta cómico de la

dinavo, haciendo vértice y completando ese singular tríptico de genio creador.

Con Ibsen nos encontraríamos de nuevo. Con él, además de un gran centro teatral, una gran exposición náutica. Creo que, en este sentido, ninguna en el mundo puede igualársele. En un brazo de calabaza o gaita de viento que Oslo se extiende frente a sí misma como un barco en que puede visitarse este mundo fascinante. Allí está la casa de los barcos vikingos; allí está el famoso *Fram* que sirvió para sus viajes polares Nansen, Sverdrup y más tarde Amundsen; allí está la balsa *Kon-Tiki* que hace poco los intrépidos Thor Heyerdahl y sus cinco compañeros, partiendo del Callao, condujeron hasta la Polinesia. Allí está todo cuanto puede enmudecer a un loco de mar que esté gritando. Pero esto, que a mí me fascina tanto, me llamó largo rato al recogimiento, me va pareciendo entraña de otro encuentro con el lector. Sin embargo, también está el Norsk Folkemuseum, con su colección de aire libre de 150 casas antiguas de madera que cuentan la historia de las fincas de las varias regiones del país. Y allí también, en ese curiosísimo museo, una habitación en la que Ibsen componía sus obras magistrales hasta el fin de su luminosa existencia: divanes, sillones, escritorio; un globo terráqueo de consulta para el granjero; Ibsen pequeño, Ibsen joven e Ibsen maduro en ponderantes cuadros cubriendo las paredes; y, entre otras cosas, una pesada araña y un quinqué que los nocturnos mantienen encendidos.

Julio IMBERNATI

(Especial para EL DIA)



No deje de aprovechar los precios rebajados con la calidad de siempre, con motivo de ampliación en

BRUCK MUEBLES
Canelones 2127-33 Tel 40 14 81



Escena de "Per Gynt" en el Teatro Nacional de Bergen.



Enrique Ibsen durante ensayo general.



Congreso asiático de la Sociedad Internacional de Acupuntura realizado en Taipei en 1962.

UNA CIENCIA MODERNA MUY ANTIGUA: LA ACUPUNTURA

bido que la acupuntura es una operación que consiste en introducir la punta de una aguja en determinados lugares del organismo con el fin de curar ciertas enfermedades. Pero, tal vez, es menos sabido que esta operación que, como se comprenderá, constituye toda una ciencia, tiene la venerable antigüedad de unos cinco mil años en el Celeste Imperio cuando aún no habían sido construidas las grandes pirámides en Egipto, y desde entonces continuó a practicarse en China, muchos siglos antes de que aquella nación, se transmitiera a todo el Occidente.

En el Primer Capítulo del Lei Ching — el más antiguo libro de Medicina, publicado en el 1700 a. C. se lee entre otras cosas lo siguiente:

Emperador Hoang Ti, médico e ingeniero, dijo al Dr. Lin Shuei-Lomg, médico y ministro: Yo trato a mi pueblo como

"a mis hijos; yo recibo impuestos de mi pueblo y hay quien no tiene lo suficiente para vivir. Además, las enfermedades los aquejan. Yo deseo que nadie tome medicamentos tóxicos y que nadie sea acupuntado con piedras; quiero usar una aguja muy fina para que las venas y los músculos tengan libre movimiento y la sangre circule armoniosamente. He pensado que era necesario encontrar un método para dejarlo a las futuras generaciones y hacer de modo que este método sea fácil de aprender y difícil de olvidar. Por lo tanto, deseo escuchar lo que Ud. estudiará en detalle..."

De lo cual se deduce que aunque el libro de Medicina, de donde hemos extraído el párrafo anterior, data del 1700 a. C., el "uso de una aguja muy fina" para la acupuntura data del siglo XXVIII a. C., época en que reinaba el emperador Hoang Ti, inventor indiscutido de la acupuntura.

Desde esa época hasta la de la publicación del Lei Ching, o sea durante diez siglos, no apareció ningún escrito sobre acupuntura, pero después del siglo XVIII a. C. se escribieron en China muchas otras obras sobre el tema.

Reinando la Dinastía Chin — entre el 221 y el 207 a. C. se introdujo la acupuntura en el Japón; y durante la Dinastía Tang, entre el 618 y el 906 d. C., muchos extranjeros se trasladaron a China para estudiar esta ciencia, y muchos grandes especialistas chinos fueron invitados por otras naciones asiáticas para que dictaran conferencias sobre la acupuntura.

Uno de estos especialistas había llevado, en el 562 d. C., varias obras relativas a la acupuntura en el Japón, y una cantidad de médicos japoneses las utilizaron para estudiar en ellas la práctica de esta nueva y antigua ciencia.

La cual tardó mucho más para llegar al Occidente. Porque recién en el siglo XVII un médico alemán, el doctor Kampfer, se trasladó a China y al Japón para estudiar allí la acupuntura, cuya técnica fue explicada más tarde, y detalladamente, por otro médico alemán, el Dr. Siebold, quien se fundó para esta explicación en una obra escrita por un médico japonés.

También del siglo XVII data la práctica de la acupuntura en Francia; la introdujo allí un misionero católico, el Padre Halde, pero no se difundió hasta que en 1816 Berlioz no publicó su obra titulada "Método de Acupuntura". A ésta siguieron otras de otros autores, como la de Soulee de Morant, Roger de la Euye, y Millet. A fines del año 1950, el Dr. Michenion, quien practicaba la acupuntura desde 1940, se trasladó a Taipei para perfeccionar su aplicación en la Clínica del Dr. Wu Hue-Ping, Director del Instituto de Acupuntura.

Actualmente hay varios centenares de médicos que practican en Europa esta ciencia, y doce Congresos Internacionales — once en Europa y uno en Asia — se realiza-

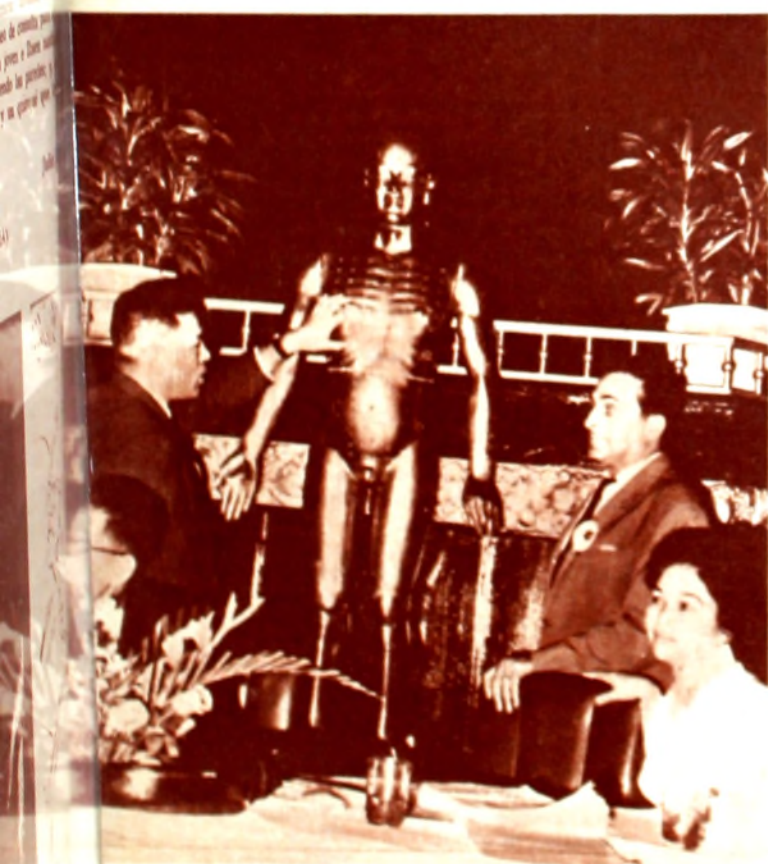
ron en estos últimos años. El X Congreso, al cual asistieron Delegados de cuarenta y siete naciones, tuvo lugar en París durante el año 1949; y el XI Congreso, en Munich durante el año 1960.

El último Congreso de las Sociedades Internacionales de Acupuntura se celebró en Taipei, en el curso del mes de octubre de 1962, y en él asistieron unos trescientos Delegados, de distintas naciones.

A pesar de su lenta penetración en Occidente, esta Ciencia "fácil de aprender y difícil de olvidar" se ha difundido para beneficio grande "de las futuras generaciones", según era el deseo y el vaticinio de Hoang Ti, el antiguo, sabio y bondadoso emperador que trataba al pueblo como a sus hijos.

SIAO-YU

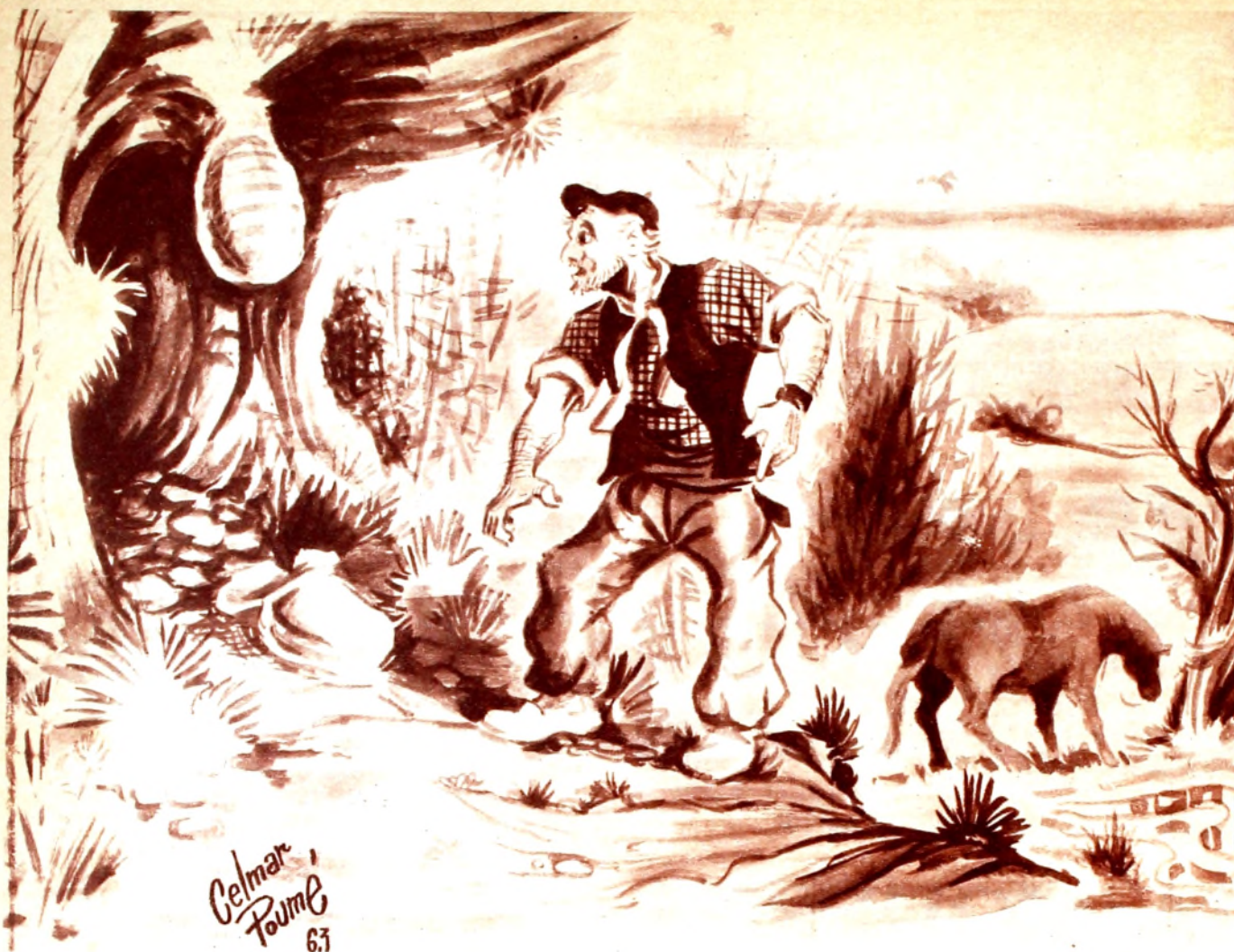
(Especial para EL DIA)



Dr. Lin Shuei-Lomg, director de la Clínica de Acupuntura de Taipei, señalando puntos relacionados con la teoría de esta ciencia y señalando puntos relacionados con la aplicación sobre hombre de bronce construido por él mismo.



Debido al gran calor reinante en Taipei, un médico francés que asistía al Congreso de Acupuntura perdió el conocimiento. Fue atendido en el salón de conferencias por el Dr. Lin Shuei-Lomg, con el método de esta ciencia.



ILUSTRACION
POR
CELMAR POUME

Autos EMPRESA
de "Jeckey Club" **CAUSSI**
Casamientos
Tels.: 40 11 36 - 40 11 37
Arenal Grande entre RIVERA y LAVALLEA

**anuncie en
EL DIA**

**AGENCIAS
PARA AVISOS
ECONOMICOS**

ZONAS

CIUDAD VIEJA 25 de Mayo 549
CENTRO Rio Branco 1212
POCITOS Juan Benito Blanco 914
MALVIN Orinoco 5084 esq. Michigan
CARRASCO Rostand 1561 lte. Hotel Carrasco
UNION Avenida 8 de Octubre 4068
GOES Avenida General Flores 2942
PASO MOLINO Av. Agraciada 4109

HOY, IGUAL QUE AYER, LA SOLUCION DE CUALQUIER
PROBLEMA DE COMPRA-VENTA ESTA EN LAS TRADICIO-
NALES COLUMNAS DE AVISOS ECONOMICOS DE EL DIA.

EL ROTATIVO DE MAYOR TIRAJE

EL COLMENERO

AQUELLO era un antojo viejo, de años. No se acordaba cuándo había surgido. Recorre mundo, él; más de un año no estaba en ningún lado.

Se iba aburriendo de los caminos, cuando llegó allí, con una comparsa de esquiladores.

Al terminar la esquila, invitó a los otros para subir al cerro que estaba en los fondos de los potreros. Le dijeron que no, que los caballos se espiaban entre tanta piedra, que eran campos de mucha aruera y cerrados como mota de negro.

—¿Y a qué vas, hiciste promesa?

—No, a ver lo que hay del otro lado.

Ganó el monte solo. Una sierra enredada con algunas arrugas abiertas por el ganado en busca de pasturas.

Tuvo que dejar el caballo atado y seguir por el cauce de un arroyito casi seco que corría entre las paredes de la quebrada.

El guazuvirá —tendría pocas horas— al sentir el ruido, intentó esconderse entre un matorral de tacuaras gruesas como un dedo.

González trepó y al verlo alejarse con paso inseguro vio la enorme piedra que asomaba su visera de sombra.

—Cueva no es —dijo, hablando solo.

Pensó que haciéndole dos paredes de fagina, allí estaban las cañas y los árboles, quedaba una choza macanuda. Pero fue recién al ver la colmena llenando el hueco de una grieta, que su destino se fue haciendo árbol.

Trajo la noticia de una vaca a medio hundir en un sumidero de vertiente y la de un alambre reventado en el linde.

—No tengo gente —dijo el hombre.

—Si nos arreglamos me quedo —contestó González. Se arreglaron. Raro el arreglo. González esa tarde se despidió de sus compañeros que no podían creer aquello y pidió prestada un hacha y herramientas.

A machete abrió una trocha para el caballo. Después cortó ramas y fue formando el esqueleto de las paredes. Hasta llegó a calzar con dos rocos de coronilla las grietas de la piedra.

Al atardecer estaba cansado. Había emparejado el piso, cortando ramas de matajojo para el dormitorio, tenía a medio cerrar las paredes y elegido un claro para el caballo.

Con dos piedras hizo el fogón. Puso una lata de aceite con agua para el mate y en un espeque ensartó una tira de asado.

Así, se quedó escuchando los ruidos del monte.

A la semana, González tenía más de diez cajones de colmenas desparramados en el cerro.

Llevó provisiones para una quincena. Si quería, podía carnear sin bajar a las casas.

—Tendría que llevar perro —dijo el hombre.

—No hay necesidad.

No llevó. Comenzó a conocer los ruidos por el caballo. El caballo siempre estaba allí, en un lunar de gramil atado a soga.

A veces el animal se ponía nervioso, alzaba orejas y comenzaba a remolinear.

González tomaba el cuchillo y esperaba, con paños reros que llegaban del pueblo lejano, cargando cajas enrejadas y jaulas cubiertas con bolsas.

Los muchachos llegaban a quedarse un día. Traían noticias y cuando se iban, le dejaban bacón y yerba.

Terminaba de arreglar el alambrado, cuando sintió el relincho del caballo.

Un relincho extraño en aquella hora de sol. Venía por la senda. De pronto percibió un golpe de viento.

El lagarto formaba carrera y castigaba las patas de la cola. Se retiraba unos metros y quedaba quieto como una piedra.

González gritó y agitó las ramas. El animal se escondió en una grieta.

Sin perro, González llevó leña y encendió fuego. Una rama larga metió las brasas en la cueva y miró por la boca.

El olor a carne quemada salía, junto al humo, por las hendeduras de las piedras.

Un día se sorprendió hablando con el caballo. A mediodía comiendo un guiso espeso en un plato. El caballo estaba frente a él, golpeando las patas, acostumbrado a que González le diera pedazos de galleta. Lajas que desprendía con el cuchillo.

Comenzó a pensar en mujeres que habían hecho ruido en su vida.

—Vamo a tener que ir hasta el pueblo, compañero. Al rato ensilló. Trancó la puerta con un alfiler y comenzó el viaje con un silbido.

La luna era como una hoja de eucalipto cuando González abrió la portera que daba al campo. Le cayó encima porque el palo lustroso resbalaba en el piso. Palmeó al caballo que se estaba quieto y tomó un trago de la botella que traía en la maleta.

Montó y dejó que el caballo lo llevara. El frío de los cañadones le daba sueño.

Amaneció tumbado cerca de la choza. Lo despertó el sol que le daba de lleno en la cara.

Bajó hasta el arroyito, echó las ropas sobre las piedras y se tendió de espaldas, dejando que la corriente le lavara la nuca.

Cuando trepó, le dijo al caballo:

—Bueno hermano, vamo a durar poco aquí.

Había que esperar que las colmenas estuvieran sanas. Las abejas se apresuraban en su zafra. González ya se había decidido marcharse y sólo esperaba recoger la miel.

El golpe en el cajón lo encontró cuchillo en mano, reando una oveja.

—Los lagartos otra vez —dijo, acompañándolo con una maldición.

Al salir al claro, vio al caballo enloquecido dándole al aire. Corrió para desatarlo pero las abejas ahora volaban hacia él, enfurecidas.

Sintió los agujeros en la cara y en los brazos. Se cayó en una piedra y al caer, el cuchillo se le clavó en una pierna.

El caballo reventó la soga y escapó por la trocha. Anduvo a monte, días. Buscando el camino de la trocha, llegó a las casas.

Allí estuvo toda la mañana. El hombre pensó que algo le tenía que haber pasado a González.

Lo encontró rengueando entre los cajones. Tenía un emplasto de yerbas sobre la herida.

—¿Qué pasó, compañero?

—Nada.

Después le contó todo, hasta que había decidido marcharse.

—Mi destino se ve que está aquí.

El hombre le ofreció de todo:

—Mire González, usted es especial, pida lo que quiera. Cuando el hombre iba doblando el recodo de la trocha, González le gritó:

—No se olvide de conseguirme el perro.

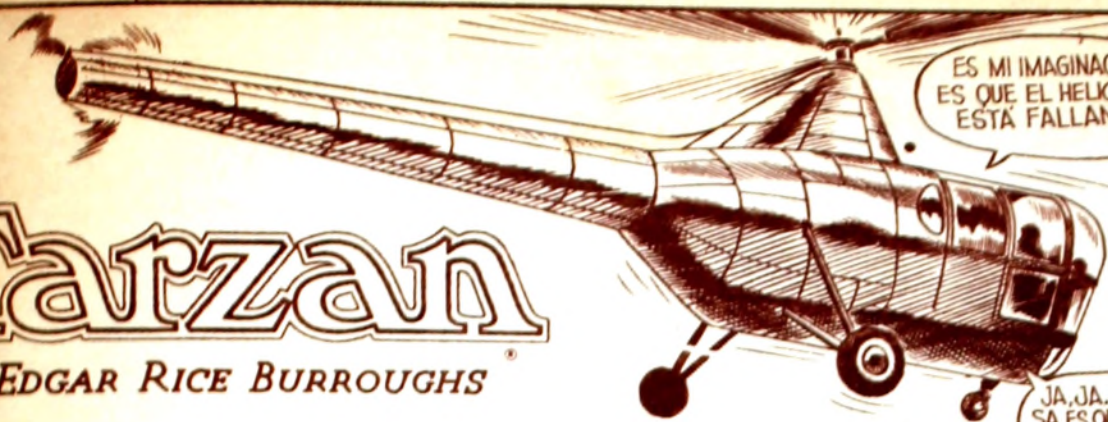
Entonces le abanó con la mano y comenzó a caminar.

Ricardo Leone FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



ES MI IMAGINACIÓN O ES QUE EL HELICÓPTERO ESTÁ FALLANDO?

JA, JA...! LO QUE PASA ES QUE TÚ ESTÁS ANSIOSO POR IR MÁS RÁPIDO.



TÚ ESTARÁS FELIZ AHORA, NO TARZAN? TU PLAN PARA ESOS LADRONES CAMINO PERFECTAMENTE!

QUE TORPE HE SIDO, CAL...! LO ÚNICO QUE QUISE HACER FUE AYUDAR A LAS WOO-MOOS.

ESPERA, TARZÁN. YO CONOZCO A MI HELICÓPTERO Y OIGO QUE SU RUIDO NO ES NORMAL.



LOS LINGOTES PESAN MILES DE TONELADAS... TIENE PODER PARA ELEVARSE, PERO TARDE O TEMPRANO, CAERÁ.



1657

ESTE ARTEFACTO NO SUBE MÁS.

YAMA NO ESPERARÁ QUE SEA "TARDE" Y NO LA CULPO.



...AÚN EL PROFANO OIDO DE D'AMA PERCIBE QUE EL RUIDO DE LA MÁQUINA NO ES NORMAL...



Tm. Reg. U. S. Pat Off.—All rights reserved
Copr. 1962 by United Feature Syndicate, Inc.



DE PRONTO, COMO UN PÁJARO HERIDO DURANTE EL VUELO, EL HELICÓPTERO INCLINA SU NARIZ Y SE PRECIPITA A TIERRA.

JOHN CELARE

pensando en usted...

la **PRIMAVERA** llega!..

POR LAS 3 AVENIDAS Y...

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

SECCION SEÑORAS

TRAJE DE CHAQUETA confeccionado en jersey triple, pollera recta y chaqueta de impecable corte, totalmente ribeteada en fino galón fantasía

\$ 350

Prenda de la fotografía

CONJUNTO DE VESTIDO Y CHAQUETA confeccionado en casimir "Príncipe de Gales", vestido de pollera recta, con moderno detalle de moña en el escote y chaqueta de línea muy nueva con pequeño cuello

\$ 340

TRAJE DE CHAQUETA realizado en casimir "Príncipe de Gales", de línea muy clásica y moderno detalle de bolsillos en la delantera

\$ 300

VESTIDO confeccionado en lanilla cuadrillé de línea sencilla, gracioso detalle de bolsillos en la blusa y pollera evasée con tablonés encontrados

\$ 230

CONJUNTO DE 2 PIEZAS realizado en charmelain, pollera de línea recta y casaca con detalle de ribetes de raso

\$ 280

TAPADO para media estación confeccionado en sarga, con detalle de respuntes en la delantera y pequeño cuello

\$ 320

TRAJE DE CHAQUETA confeccionado en jersey, pollera recta y chaqueta de línea clásica, con moderno detalle de bolsillos y botones dorados

\$ 330

**Nuestras confecciones
no sufren recargos
por los arreglos que
haya que hacerles.**

Clientes del Interior: Dirijan
vuestros pedidos a nuestra
CASA MATRIZ, Av. Agra-
ciada 2302 esq. M. Sosa
TEL. 20 09 61

SUC. GOES: Av. Gral. Flo-
res 2341 - TELS. 2 42 00
2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON: Av. 18 de
Julio 1601 - TEL. 40 41 11

SUC. CENTRO: Av. 18 de Ju-
lio 958 casi esq. Río Branco
TEL. 9 40 59

